



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE ARTES

DEPARTAMENTO DE TEORÍA E HISTORIA DEL ARTE

Tras la locura del cuerpo geográfico:

Reflexiones sobre la concepción de geografía y paisaje en *Chile o una loca*

geografía de Benjamín Subercaseaux

Tesis para optar al grado de Magister en Teoría e Historia del Arte

Profesor guía: Camilo Rossel

Cristian Foerster Montecino

Santiago de Chile

2017

Que esto llegue a tus manos fue posible gracias a Rolf, Sonia, Camilo, Christian, André y Kati. Solo puedo -eso me queda- agradecerles cada una de estas páginas.

Índice

Preludio: sobre la (im)posibilidad de transmitir una experiencia de lectura.....	5
Una panorámica al problema geográfico.....	8
Desarrollo:	
I. Los relieves de una loca <i>grafía</i>	
¿Qué es un ensayo geográfico?.....	14
Genealogías geográficas.....	17
La crisis del humanismo.....	19
Por un humanismo “de la tierra”.....	22
Benjamín Subercaseaux: los pliegues de un viaje.....	24
Las enseñanzas del maestro.....	27
Los conflictos del nombre.....	31
Sobre la desaparición de las ilustraciones	34
La descripción o las señales de ruta.....	39
Un libro solo para chilenos.....	41
II. Los espacios sensuales del cuerpo	
Nota para intimar con la geografía	45
El <i>espíritu actuante</i>	47
Al interior del cuerpo interior.....	51
El artista como modelo ejemplificador.....	53
Erotismo geográfico.....	56
Las razas: ecos del territorio.....	60
Ese cuerpo llamado Chile	63

III. La locura de una angosta faja de tierra

Historia de una diferencia.....	68
Heterogeneidad y descentralización.....	71
La pre-existencia geográfica de Chile.....	72
La condición insular del Chile-archipiélago.....	75
Por una crítica al trazo cartográfico.....	77
Una vista desde el cielo: un giro sobre la noción de verticalidad.....	80
Conflictos turísticos.....	83
Fetichismo terráqueo.....	85
Conclusiones.....	87
Epilogo o los espacios olvidados del placer.....	92
Bibliografía.....	94

Índice de ilustraciones

Fig 1.....	35
Fig 2.....	36
Fig 3.....	37
Fig 4.....	58
Fig 5.....	76

Preludio: sobre la (im)posibilidad de transmitir una experiencia de lectura

“Escribir sobre un ensayo, exige siempre escribir ensayísticamente, es decir de manera fragmentada, discontinua y exploratoria.”

Martin Cerda

Para leer un texto literario y empatizar con sus páginas sin traicionar -o sobreinterpretar- sus múltiples sentidos, un sujeto debe asumir una disposición especial, aquella que Roland Barthes caracterizó, en su famoso ensayo *El placer del texto*, del siguiente modo:

Ficción de un individuo (algún M. Teste al revés) que aboliría en si mismo las barreras, las clases, las exclusiones, no por sincretismo sino por simple desembarazo de ese viejo espectro: *la contradicción lógica*; que mezclaría todos los lenguajes aunque fuesen considerados incompatibles; que soportaría mudo t o d a s las acusaciones de ilogicismo, de infidelidad; que permanecería impasible delante de la ironía socrática (obligar al otro al supremo aprobio: contradecirse) y el terror legal (¡cuantas pruebas penales fundadas en una psicología de la unidad!). Sin embargo este contra-héroe existe: es el lector del texto en el momento en que toma su placer. En ese momento el viejo mito bíblico cambia de sentido, la confusión de lenguas deja de ser un castigo, el sujeto accede al goce por la cohabitación de los lenguajes que trabajan *conjuntamente* el texto de placer en una Babel feliz. (10)

Así sentir placer por un texto supone subvertir el marco institucional en que ha sido inscrita la práctica lectora: al ámbito de un mero ejercicio mecánico de comprensión y reproducción de ideas. Hoy en día leer se ha visto reducido a esta tarea, debido a la creencia de que es posible acceder a un supuesto mensaje unívoco y universal que poseerían los textos literarios. Sin embargo, como señala Barthes, cuando el lector <<toma el placer de un texto>>

necesariamente ha desbordado la zona en que ha sido circunscrito el mensaje. En otras palabras, ha asumido que lo que transmite un texto rebasa su capacidad de decodificación. Es justamente verse envuelto en ese rebalse y aceptarlo lo que genera goce al leer. Pero este modo de *experienciar* la lectura supone una dificultad al momento de su transmisión, pues lo que ocurre en ese romance entre lector y texto se resiste a ser sistematizado en un discurso que no sea amoroso.

Si consideramos lo anterior, escribir una tesis sobre un texto literario implica un conflicto de deseos: por un lado están las ansias por entregar ordenadamente los distintos “entusiasmos” que generó en nosotros su lectura; y por otro, el recelo de que si develamos demasiado esa intimidad, la experiencia misma de la que estamos hablando -su recuerdo- se pueda esfumar. Ante este panorama, quizás sea el ensayo la única escritura capaz de salvar y resistir los embates de esta tensión, ya que un sujeto al devenir ensayista “rechaza sus propias orgullosas esperanzas que sospechan haber llegado alguna vez cerca de lo último; se trata de explicaciones de las poesías de los otros, y en el mejor de los casos de explicaciones de sus propios conceptos: eso es todo lo que puede ofrecer” (Cerdeja 24).

Son por estas razones que he decidido camuflar esta tesis bajo la forma de un ensayo; pues, a mi juicio, es la única forma válida de dar cuenta de mi lectura sobre *Chile o un loca geografía* de Benjamín Subercaseaux; ensayo publicado por primera vez 1940 y cuyo impacto en la idiosincracia chilena le ha valido múltiples reediciones. Sin embargo, Subercaseaux resulta ser un escritor

anómalo en nuestro panorama literario. A pesar de realizar un supuesto doctorado en Francia y dictar regularmente un curso de psicología en la Universidad de Chile, su desmedido ímpetu vital repercutió en un proyecto intelectual que se escapa de los estándares y normas académicas. Contradictorios, desfachatados, eclécticos o indisciplinados son algunos de los adjetivos que pueden caracterizar, de manera general, sus ensayos; particularidades que no deben ser leídas negativamente, pues gracias a ellas sus obras resultan tan singulares y complejas.

Por lo mismo, la tesis que leerás a continuación trata de pensar la actualidad de su lectura sin abandonar lo ecléctico de sus pensamiento y observar cómo éste caló en nuestro imaginario territorial. Para ello me centraré en dos nociones -la de geografía y paisaje- las cuales, si las estudiamos detenidamente, vienen a problematizar los modos en que entendemos y nos relacionamos con esa extraña y paradójica entidad que es el territorio chileno.

Una panorámica al problema geográfico

Decidí escribir sobre *Chile o una loca geografía* mientras investigaba la concepción de paisaje y sus distintas representaciones en Chile. Cada vez que le comentaba a alguien respecto de mi investigación me recomendaban su lectura, arguyendo su importancia para la construcción del imaginario territorial chileno. Su nombre resonaba junto a la obra de Mistral y Neruda. Así, se terminó transformando en uno de esos títulos que uno siempre tiene en mente sobre una temática en específico, pero que nunca, ya sea por falta de tiempo o pasión, llega a leer detenidamente. Ahora que lo pienso, siempre estuvo en mi memoria como una referencia insoslayable para el tema. Quizás su presencia simplemente se deba a que se trata de una de las obras de mayor envergadura comercial y editorial de los años cuarenta en Chile, llegando, al poco tiempo de su aparición a cuatro ediciones, y que hoy en día cuenta con más de veinte reediciones, incluyendo varias facsimilares. *Chile o una loca geografía*, además, formó por años parte de las lecturas obligatorias en los colegios, por lo que debió calar en el imaginario bibliográfico de varias generaciones que transmitieron su nombre hasta alcanzarme.

En un principio pensé dedicarle solo un trabajo de magíster, en el que me habría propuesto responder la siguiente pregunta: ¿qué entiende Subercaseaux en *Chile o una loca geografía* por paisaje? Pero luego de hojear sus primeras páginas, me percaté que quince carillas no bastaban para dar cuenta de los distintos aspectos involucrados en esta concepción. Como dice el dicho, el

poncho le quedaba grande a ese formato. Por otro lado, observé que pocas veces Subercaseaux utilizaba ese concepto, y en su lugar, era la geografía la que ocupaba un sitio nuclear. A pesar de lo evidente de esto -el nombre de la obra delata que su centro es la geografía y no el paisaje- uno podría pensar que este término es empleado como otro sinónimo más, de los tantos que solemos usar para referirnos indistintamente a esa entidad que contiene nuestros cuerpos: lugar, paisaje, territorio, espacio, etc. No obstante, en *Chile o una loca geografía* ésta adquiría otra categoría que contrastaba con las nociones de paisaje que hasta ese entonces utilizaba.

Mi concepción de paisaje estaba influida por diversas ideas, como por ejemplo las planteadas por Javier Maderuelo en su libro *Paisaje. Génesis de un concepto*. Para el teórico español, el paisaje no es una categoría universal, sino que requiere de ciertas condiciones para que emerja en una cultura, éstas serían: la creación y cultivo de jardines; el desarrollo de pinturas y textos literarios que alaben la belleza natural; y por último, una palabra específica para esta noción, que difiera de la de espacio, naturaleza, mundo, etc. El meollo de la tesis de Maderuelo consiste en comprender el carácter específicamente cultural que posee este concepto, siendo capaz de distinguir entre culturas paisajísticas y no. Por otro lado, pensaba que el paisaje podía ser entendido bajo el término de *macro-esfera* planteado por Peter Sloterdijk, es decir, el paisaje como un macro-contenedor espiritual que nos inmuniza ante las arremetidas mortuorias latentes en todo territorio. Además gravitaban en mí ciertas ideas de Deleuze y

Guattari¹, de la *Naturphilosophie*, de la fenomenología de Ortega, entre muchas otras.

Existe una tendencia, a la hora de analizar un texto literario, de proyectar en él los conceptos que uno maneja, sin antes preguntarse por su rendimiento y aplicabilidad para ese contexto. Así se suele preferir un horizonte conceptual previamente delimitado, en lugar de adentrarse en las ideas o conceptos que el mismo texto propone. Por lo mismo, decidí dejar de lado -sin olvidarlo, claro está- el marco teórico que ya usaba, para preguntarme bajo que términos el propio Subercaseaux comprendía la geografía y el paisaje. En otras palabras, traté de realizar un ejercicio de despejamiento, traducción y actualización de un determinado pensamiento. De este modo, la pregunta que merodeará esta tesis será: ¿qué se entiende por geografía y paisaje en *Chile o una loca geografía* y en qué contexto se gestaron y enmarcaron dichas concepciones?

Para responder a estas preguntas dividiré en tres partes este ensayo. En la primera intentaré dar cuenta del contexto en que se inscribe la obra, al mismo tiempo que explicaré los aspectos formales involucrados en su articulación. Ambas dimensiones son claves, pues avizoran los distintos nodos conflictivos tras su concepción geográfica. En la segunda parte, intentaré comprender por qué para Subercaseaux el cuerpo humano, su sensibilidad, es el único medio para acceder a lo geográfico. Y por último, en el tercer capítulo, luego de haber esclarecido lo anterior detallaré finalmente en qué consiste su noción de geografía y paisaje.

1 Sobre todo las que desarrolla en el capítulo de *Mil Mesetas* "Año Cero o Rostridad".

Debo aclarar en este punto que para Subercaseaux, la geografía y el paisaje no son representaciones, es decir, no son alegorías del mundo sino aspectos concretos. Sin embargo, ellos entrañan el contenido espiritual, a partir del que se elaboraran sus ficciones. Para entender esto me valdré, a lo largo de este ensayo, de la definición de espiritualidad que nos entrega Susan Sontag en *La estética del silencio*: “Espiritualidad = planes; terminologías; normas de conducta encaminadas a resolver dolorosas contradicciones estructurales inherentes a la situación humana, a la consumación de la conciencia humana, a la trascendencia.” Así, cuando utilicemos esta palabra estaremos pensando en aquellas contradicciones que Subercaseaux trata de resolver en su obra y si las soluciona o no.

Por último, me parece preciso aclarar que no se trabajará con toda la envergadura del texto, por lo que nos alejaremos del barrido general; pues desentrañar todas las descripciones geográficas del libro no solo me parece tedioso, sino una labor infructuosa, ya que, pensando en el estilo de Subercaseaux, sus ideas solo se despliegan en ciertos pasajes y su brillo suele desperdigarse a lo largo del texto. Sin embargo, esos chispazos al ser recolectados son capaces de vislumbrar el espesor de una realidad problemática. Lo que me interesa destacar, es que ellos, de un modo metonímico, condensan y ocultan el pensamiento “subercaseano”.

Uno cuando escribe siempre se encuentra dialogando -de manera consciente o inconsciente- con múltiples textos y autores. Mi caso no es la excepción, pero por un tema de estilo opté por omitir varias de sus citas. Esta

decisión radica en lo siguiente: no entorpecer el flujo de lectura con citas de autores, cuyas ideas ya se encuentran instaladas en el discurso académico intelectual y con las que no discuto, ni Subercaseaux problematiza. Asimismo, el autor suele utilizar múltiples conceptos sin definirlos y cuya genealogía acá, lamentablemente, no buscamos trazar. Esto se debe, simplemente a que dicha tarea superaría la extensión y la meta de esta tesis: pensar el corazón de una obra y cómo palpita una determinada idea. Por lo mismo, la pulsión general de mi escritura será más bien la de un ejercicio *logopéyico*, concepto propuesto por Ezra Pound para definir el nivel, según él, más alto de la poesía: la danza del intelecto en las palabras.

Así invito a los lectores a viajar por esta tesis como si se tratara de un conjunto heterogéneo de viñetas o postales de lectura, que al final de su recorrido desean configurar un fresco, tanto del viaje escritural de Subercaseaux como de mi propia lectura. Para el autor, el viaje como experiencia y la experiencia del viaje, conforman un mismo hilo, que determina el devenir de *Chile o una loca geografía*. Ese entusiasmo viajero por dilucidar la multiplicidad de sentidos geográficos es el que intenté reproducir al esbozar los distintos relieves de su escritura.

I. **Los relieves de una loca grafía**

¿Qué es un ensayo geográfico?

Para desentrañar los conceptos de geografía y paisaje que subyacen en *Chile o una loca geografía* es necesario comprender previamente en qué radica la forma que esta obra asume y cuáles son los procedimientos formales que articularon su escritura. Ya desde la introducción de Gabriela Mistral, <Los contadores de patria>², se nos presenta al texto como un ensayo geográfico. La genealogía de este género, nos recuerda la poeta, se remonta en América al “argentino Martínez Estrada, en su magnífica *Radiografía de la pampa*; el colombiano López de Mesa, en su *Relato lírico de Colombia*; el argentino Mallea, en la descripción de la gigante patria puesta en su novela esencial, *Pasión argentina*; y el chileno Agustín Edwards, ensayista de una geografía humanizada.” (7). La presentación de estas obras y sus autores, nos otorgan una primera aproximación a las distintas modalidades que asume este género, que se nutre de la poesía y la novela, pero también de los discursos de otras disciplinas científicas en pos de una producción literaria particular. Sin embargo, antes de adentrarnos en las implicancias de estas conjunciones en *Chile o una loca geografía*, es preciso preguntarnos en qué consiste esta especial simbiosis entre ensayo y geografía.

El ensayo de por sí es un género literario que posee un estatuto ambiguo, al presentarse como una escritura teórica que se despliega en el límite del rigor de otra. Se articula a partir de “un descalce de su referencia que

² Este prólogo recién aparece en la tercera edición del año 1941.

simultáneamente acepta legitimando y discute hasta la deslegitimación. Supone, por lo tanto, una alternativa al texto que se pretende científico, sistemático, metódico, profesional, académico” (Castillo 5), por lo que su emergencia, siempre sucede al margen de los discursos legitimados por las instituciones encargadas de la producción del saber. Así el ensayo es una escritura incómoda y que incomoda a la rigurosidad y unilateralidad de las disciplinas científico-humanistas, pero que, al mismo tiempo, depende de ellas en tanto límites por desbordar y dismantelar.

Asimismo, el referente al cual está anclado el ensayo no se articula como el objeto de estudio del científico y/o el del especialista -objeto, que en su deseo de comprensión, agotan hasta hacerlo desaparecer al interior del entramado de sus disciplinas particulares. En su lugar el ensayo está “siempre “atado” al objeto que lo ocasiona (libro, obra de arte, “forma de vida”), pero, a la vez, siempre lo sobrepasa sin llegar nunca a la fría perfección del sistema.” (Cerdea 26). Esto se debe, a la presencia de un yo consciente de sus propios límites, o mejor dicho, un yo que se hace consciente de éstos a medida que prosigue en su labor. Así el cuerpo del ensayista irradia su calor por toda la textualidad del ensayo. Por ende, “para el ensayista no se trata, en suma, de enunciar un problema, el primero o el último que se le ocurra, sino de llevar hasta su máxima “tensión” a cada problema que, de un modo u otro, le impone la vida diaria, la sociedad y el tiempo histórico. Lo que se suele llamar “problemas teóricos” no son, en verdad, abstracciones, sino, al contrario, cuestiones siempre urgentes,

radicalmente urgentes para todo hombre cuya vida esté orientada al reconocimiento del origen problemático de toda realidad humana.” (Cerdeza 29).

Por otro lado, lo geográfico -adjetivo que determina a algo cómo relativo a la geografía, es decir, a la ciencia que trata de la descripción de la Tierra o, en sentido figurado, al territorio o al paisaje (RAE)-, no debemos entenderlo exclusivamente como el referente al que todo ensayo está atado, sino más bien como una modalidad particular que asume la escritura ensayística. En ella la escritura se encuentra estrechamente ligada tanto a la ciencia que la moviliza como a su “objeto de estudio”. Esta estrechez alude a una forma *fascinada* con otra forma, que no elude la confusión entre ambas dimensiones, sino que las vuelve intrínsecas a su movimiento. En otras palabras, la particularidad de lo geográfico, en su vínculo con el ensayo, se debe justamente al uso indistinto de la Geografía con mayúscula (la ciencia) como de la geografía con minúscula (territorio, paisaje) para la articulación de una misma trayectoria escritural.

De esta manera, ya perfiladas ambas dimensiones del sub-género ensayo geográfico, nos resulta más evidente lo singular de su simbiosis y por qué Subercaseaux optó por él para llevar a cabo su obra. Es que solo por medio de esta modalidad de la escritura ensayística le fue posible al autor trazar una nueva ruta para la geografía chilena, la que supera los esquematismos científicos, permitiéndole explorar esas otras dimensión del ser humano, más viscosas y escurridizas, vinculadas al devenir vital de su existencia en la Tierra.

Genealogías geográficas

El ensayista en el prólogo de la primera edición traza una breve genealogía de la ciencia geográfica y cómo su obra inauguraría una nueva corriente. Así, su geografía ensayística se desprende de esa ciencia, que en sus inicios, fue sobre todo gráfica y matemática; que buscaba el diseño de las forma de la tierra, que trataba de medirlas y darles un nombre. “Semejante en esto a las Ciencias Naturales, que clasificaron a todos los seres existentes y lo subordinaron a una complicada nomenclatura, la Geografía encontró la manera de obscurecer los mapas y de cubrirlos de nombres e indicaciones.” (17)³. Este “método exclusivamente gráfico, abstracto y “deshumanizado””(17), vio su fin cuando “el planisferio pudo mostrar el dibujo completo de la tierra.” (17).

El segundo momento para Subercaseaux es, por así decirlo, el de un Naturalismo *light*, el cual tiene su origen en “una tendencia vieja como el mundo, nacida de la curiosidad que el hombre tiene por todas las cosas pintorescas de la tierra. Desde ese momento la Geografía buscó la manera de unir el mapa al paisaje, y cada geógrafo, de simple estudioso de gabinete, se transformó en explorador.” (18) Esta “es la época en que triunfan las novelas de Julio Verne y en que el *National Geographic Magazine* hace las delicias de los aficionados a las sanas lecturas y a las horribles fotografías policromadas.” (18)⁴. Sin

3 Esta visión negativa ante un modo de conocer de corte nominalista por parte de la Geografía tradicional atraviesa toda *Chile o una loca geografía*. Más adelante nos detendremos en este punto. Por otro lado, cabe señalar que para cuando se cite a *Chile o una loca geografía* se utilizará solamente las comillas y entre paréntesis el número de página

4 La fotofobia y el rechazo de la imagen visual que profesa el escritor lo desarrollaremos más adelante.

embargo, esta tendencia pueril tuvo poco impacto al interior de la ciencia en cuestión y sólo sobrevive hasta hoy gracias al turismo, que se beneficia con su manera de comprender el territorio.

La tercera y última fase de esta genealogía, y de la cual es contemporánea Subercaseaux, es la de la *Geografía Humana*. Esta proviene de un Naturalismo geográfico serio, que buscó (y aún busca) armonizar al hombre con su vida. Para llevar esto a cabo enfoca sus estudios en “las costumbres de los pueblos y la relación más o menos constante que podía haber entre un hecho geográfico y las modalidades del vivir.” (18) Fue así cómo la Geografía “después de haber pasado por su fase matemática y por su delirio descriptivo, vino a fijarse definitivamente en la Biología y en la Sociología.” (18) De este modo, la *Geografía Humana* “pasó a ser la única que resumió en sí todo lo que podía ser útil al habitante de este viejo planeta.” (18)

Sin embargo, la ciencia geográfica, a pesar de haber llegado a este punto de evolución, a Subercaseaux aún le parece incompleta para el desarrollo de su proyecto. Por ello le es necesario plantear una cuarta, que no reduce al ser humano a su *habitat*, es decir, a la mera comprensión sociológica de sus necesidades inmediatas. En su lugar, cree que, “junto a estas cosas complicadas y desagradables el hombre se manifiesta en una forma que es la expresión misma de su vitalidad: el placer. Los científicos parecen olvidarlo a menudo; por suerte aquí está la Literatura para recordarles que el hombre vive también de sus placeres: placer del arte, placer del espíritu, placer del vivir.” (19). De este modo, *Chile o una loca geografía* se diferencia de esos libros -que

describen las necesidades del país, su importancia en un contexto global o que exaltan el orgullo patrio- al enfocarse en hacer sentir al lector placer por pertenecer a un territorio nacional específico.

Por otro lado, para generar y transmitir esta sensación es necesario superar, en el plano de la escritura, la diferencia entre lo artístico y lo geográfico. Estas dos dimensiones no deben estar reñidas al momento de la representación del territorio nacional. En su lugar deben complementarse para así comunicar “ese calor humano tan necesario para que “el Verbo se haga carne y habite entre nosotros””(21). Esta reminiscencia cristiana nos recuerda en qué ámbito se juega este proyecto: en cómo hacer circular una obra fuera de los límites académicos o del estudio rodado de una ciencia en particular; en insertar una obra en el meollo de nuestras vidas, es decir, transformarla en modelo o guía de los distintas maneras que tiene el ser humano de relacionarse con su entorno material.

La crisis del humanismo

Esta particular propuesta geográfica aparece enmarcada en un contexto más amplio, que podemos definir como la incipiente crisis⁵ de los humanismos nacionales. Para entender este momento, antes debemos comprender que ellos son producto del devenir pragmático y programático de un humanismo clásico o

⁵ Toda crisis, desde una perspectiva sistémica, ocurre al interior de un organismo (forma de vida, orden institucional, histórico, cultural, etc.) que ha llegado al fin de un funcionamiento óptimo, por lo que requiere mutar a otra forma o revitalizar la anterior, para no fenecer definitivamente.

antiguo, previo a la configuración del Estado Nación. Este se caracterizaba por promover un modelo de sociedad literaria “cuyos miembros descubren mediante lecturas canónicas su común amor hacia los remitentes que los inspiran. En el núcleo del humanismo así entendido descubrimos una fantasía de secta o de club: el sueño de la solidaridad predestinada entre aquellos capaces de leer.” (Sloterdijk 198, 2001). Este modelo literario-comunitario, al ser adoptado por los Estados nacionales burgueses durante el siglo XIX y XX, organiza a los pueblos bajo “asociaciones forzosas de amistad completamente alfabetizadas, vinculadas bajo juramento a un canon de lecturas establecido en cada espacio nacional.” (Sloterdijk 199, 2001). Así, el “humanismo burgués no fue, conforme a su sustancia, otra cosa que el poder absoluto para imponer a la juventud la lectura de clásicos y afirmar la validez universal de las lecturas nacionales” (Sloterdijk 200, 2001), como también la vigencia nacional de las lecturas universales.

Sin embargo, la crisis de los humanismos nacionales burgueses europeos no se debe a que los ciudadanos dejaran de lado sus obligaciones literarias a causa de un “humor decadente”. Estos llegan a su fin porque, “por muy profesional que fuera el ejercicio del arte de escribir cartas inspiradoras de amor a una nación de amigos, dicho arte no podría ya ser suficiente para preservar los lazos de la unión telecomunicativa entre los habitantes de la moderna sociedad de masas. Con el establecimiento mediático de la cultura de masas en el Primer Mundo después de 1918 (radio) y después de 1945 (televisión), y en mayor medida aún con las actuales revoluciones de las redes de información, la

coexistencia de las personas en las sociedades del presente ha sido establecida sobre nuevas bases.” (Sloterdijk 200, 2001). Debido a la aparición e instalación definitiva de estos aparatos telecomunicativos, “las sociedades modernas de masas sólo pueden producir ya su síntesis política y cultural marginalmente por medios literarios, epistolares y humanistas.” (Sloterdijk 200, 2001).

Pretender que esta crisis repercutió de la misma manera en Sudamérica que en Europa, sería desconocer las diferentes velocidades que asume la modernización en un continente y otro. No obstante, en este contexto global, también emergen en Chile las primeras sospechas y/o alternativas inmunitarias para con un sistema organizacional que comienza a colapsar. Así lo refleja la tesis sostenida por Aníbal Pinto en *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, en que la crisis que está viviendo el país reside en “la incapacidad ilustrada de las instituciones jurídicas y de saber, de apariencia modernista, de percibir, conceptualizar y transformar el sustrato profundo de la cultura, ajeno a los ámbitos de consumo, ahorro, invención tecnológica, control del empleo del tiempo y relaciones laborales propias de una sociedad moderna.” (Castillo 100, 2003).

En este contexto de sospechas y malestar, distintas obras ensayísticas -en la que la de Benjamín Subercaseaux se dispone como piedra angular- asumen el desafío de pensar nuevos aspectos de nuestra identidad nacional, en pos de proyectar alternativas de configuración del país, a las trazadas durante el

siglo XIX.⁶ Llama la atención en estas obras, sin embargo, que a pesar de constatar y padecer la crisis del modelo humanista, no rechazan sus vías de difusión (el libro) y de aglutinamiento (la educación). En su lugar, estas propuestas desean revitalizar estos ámbitos por medio de una comprensión más adecuada y ajustada de la realidad del país. En el caso de Subercaseaux, esta aventura pasa por ampliar tanto lo que se lee como el modo de leer. Para él la lectura no es sólo cuestión de decodificar un texto o de *textualizar* al Mundo en función de su decodificación, sino más bien, un modo de *entrenar* los sentidos para alcanzar y comprender el placer que significa ser chileno.

Por un humanismo “de la tierra”

Gabriela Mistral, señala en su prólogo, cuál es la tarea pendiente de los educadores sudamericanos y cómo esta obra saldaría parte de esa deuda:

“Los profesores sudamericanos que deben enseñar a los niños a ver y sentir el cuerpo patrio, cuando escriben manuales piensan tanto en su aprobación por el Ilustre Consejo, que no hay modo de que se atrevan como usted a escribir metafóricamente y a entregar un país que aparezca tan vivo como un hermoso animal; el que usted atrapó en sus ojos alienta y quema vivo...” (9)

De este modo, para la poeta, la incapacidad de transmitir y reconocer el *cuerpo patrio*, de verlo y sentirlo como propio, se debe a un modelo educativo cuyas fronteras mantienen cautivo a ese “hermoso animal”. Esta deficiencia ocurre cuando, al momento de diseñar los manuales de estudio, estos dejan

⁶ Para más detalles de este periodo revisar el capítulo “Civilidad y artificio: Aníbal Pinto y Benjamín Subercaseaux” del libro *Estéticas nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica* de Gabriel Castillo Fadic.

fuera la dimensión metafórica o literaria de su escritura, siendo esta, paradójicamente, la única capaz de captar el calor de la nación. Esta reivindicación de lo literario, cabe precisar, no se relaciona con acoger un canon literario importado de Europa; o de instalar y asumir un conjunto de obras producidas desde “el lado de acá” pero que se ajustan a los patrones europeos de comprensión. Más bien la literatura aparece como el único medio de absorber, articular y traspasar una experiencia del entorno inmediato al margen de los discursos institucionales. Es a partir de la comprensión de este margen que se configura la diferencia de orígenes entre América latina y Europa.

No obstante, esta diferencia -según Mistral- ha sido poco problematizada y asumida por parte de una generación de escritores sudamericanos, o mejor dicho, en su planteamiento, han descuidado una dimensión crucial del problema:

El escritor sudamericano, un Rubén Darío o un Montalvo, fueron poco deudores de sus países en cuanto a la nutrición espiritual, que habrían de buscar en la forastería. ¡Pobrecitos ellos y los que hemos venido después! Mientras el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, es harto flaco, es bien poco lo que el Nuevo Mundo nos entrega cuando nacemos. Pero, en cambio, cuánto nos regala en descargo la loca generosidad de la tierra para hacernos perdonar aquellas hambrunas. Qué no da a nuestros sentidos la bien formada, la bien plantada, la que rebosa de sí como las mitologías. Los hijos no hemos sido muy tiernos que digamos con la dadivosa. La naturaleza nuestra parece, una vez desatada, que vocea sin parar a una tribu de sordos estupendos. Responde a esa voz, casi nadie. (10)

De este manera, la deuda del escritor sudamericano para con su continente radica, por un lado, en haber buscado su nutrición espiritual en el modelo humanista del viejo mundo, en su cultura, que debido a la distancia con su origen, sus nutrientes llegaron empobrecidos provocando una imperceptible hambruna de sentido. El otro lado de esta deuda consiste en la incapacidad de

lo sensible, es decir, del cuerpo de captar y absorber la “loca generosidad” de esta “tierra”. En otras palabras, los sudamericanos somos hijos incapaces de oír todos los matices de la voz de “La Madre Tierra”.

Ante este diagnóstico funesto, Mistral reconoce en la obra de Subercaseaux una ruptura con este modelo. En ella se extrae y comprende el espesor espiritual del territorio nacional, que se despliega como una alternativa a esa “cultura universal” de la que solo somos partícipes marginalmente. Así en *Chile o una loca geografía* el paisaje y la geografía se transforman en aquella misiva que se nos lega y que debemos legar de una generación a otra. Este modo de proceder, a nivel estructural, es igual al modelo humanista. Sin embargo, difiere de éste en que lo transmitido no es la afirmación del asentamiento de una cultura, de sus valores y principios, sino de un territorio natural entendido como un cuerpo que debe ser habitado, de modo correcto, por otros cuerpos.

Benjamín Subercaseaux: los pliegues de un viaje

“Una dueña de casa que se cree gran hombre e infla el pecho para recetar en alta voz el consumo del cochayuyo y del luche. B. Subercaseaux carece de estilo; escribe a tropezones; cuando quiere ser gracioso, sus chistes son pesados de sangre; no tiene tampoco rigor intelectual ni finura en el manejo de las ideas. Es una tía solterona dedicada a meditar sobre el país -rara mezcla de Violeta Quevedo y Tancredo Pinochet. Es bien difícil imaginar a un hombre con menos condiciones literarias y con más desesperante obsesión de serlo.”

Luis Oyarzún – Diario íntimo

Es curioso que para poder trazar un semblante biográfico de Benjamín Subercaseaux me es inevitable hacer referencia a su producción literaria y

ensayística. Lo biográfico solemos entenderlo como la contra cara de la obra de un autor; esa otra grafía, siempre anclada al destino de un yo, que reafirma constantemente su paso por el mundo. Esta dimensión es habitualmente despreciada por los estudios literarios para el análisis de una obra, ya que su presencia reduce y absorbe la multiplicidad de capas de lectura que posee un texto. Es por ello que la muerte del autor significó dejar de lado una figura que reducía al lector a un intérprete pasivo, sojuzgado por la sombra del genio al que estaba leyendo. Que la lectura se haya emancipado de la necesidad de recurrir a la autoridad del autor para la comprensión de un texto no significa, sin embargo, que lo biográfico haya desaparecido del horizonte interpretativo. Más bien, esta grafía pasa a ser una más en el archipiélago que conforma una escritura.

¿Pero qué sucede con esos proyectos, en que la distancia (relativa) entre la ficción y la no-ficción es borroneada por el pulso de una escritura que justamente desea dar cuenta de un yo? Me atrevo a aventurar que este es el caso de la bibliografía de Subercaseaux, compuesta por varias obras que se despliegan al límite entre el ensayo, la autobiografía y la novela. Así *Viajes alrededor del mundo*, *Niño de lluvia*, *Reportaje a mi mismo*. *Carta al lector del año 3000*, entre otras tantas, asumen lo biográfico como un material ineludible para la configuración de su tejido. Es más, incluso pareciera que afirmar esta dimensión es el origen y el destino de su escritura. Por eso me parece que imaginar el semblante del autor, su vida biológica alejada de los libros, es un error en la labor crítica de asimilar y pensar su obra. Más bien se trata de

comprender esa zona intermedia, ese pliegue entre vida y obra, y como ambas dimensiones se recrean entre sí.

Pasar de largo su cultura cosmopolita producto de sus innumerables viajes por el mundo; el que nazca en Chile en 1902, en el seno de una familia de la elite, y que a muy temprana edad viaje a Europa con ella, asentándose por mucho tiempo en Francia; que en una primera instancia estudie medicina en la Universidad de Chile, pero al entrar en conflicto con esa formación decida partir nuevamente a Francia, a estudiar sicología en la Sorbonne; que su relación de amor-odio con Chile le permite configurar una visión lucida y crítica del país, sin dejar de ser amorosa; que su homosexualidad se perciba con claridad en sus apasionadas descripciones de los cuerpos atléticos de los hombres y en su desprecio por el de las mujeres; que en 1932 vivió en Roma, donde estudia con pasión la Biblia y adopta la fe protestante, llegando a ser diácono; que debido a la polémica que provoca uno de sus artículos, publicado en el diario La Nación en octubre de 1942, en el que critica fuertemente al régimen nazi, por lo que tuvo que renunciar el entonces Ministro de Relaciones Exteriores y Chile romper relaciones con el Eje; que en 1963 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y que murió en Tacna el 11 de marzo de 1973; no son datos que podamos obviar al momento de adentrarnos en su obra, pues estos posibilitan perfilar, de un modo más acabado, los entretelones que vinculan sus opiniones, la mayoría de las veces, contradictorias o desmedidas.

Así, el punto central de estas señas biográficas⁷ no es elaborar un retrato acabado del ensayista, sino vislumbrar de mejor manera su lugar de enunciación: la de un sujeto que se encuentra siempre viajando y que gracias a ese movimiento es capaz de percatarse de los contrastes y relieves que existen entre un lugar y otro. Por lo mismo, no es de extrañar que la escritura de *Chile o una loca geografía*, a pesar de inscribirse dentro del género ensayo geográfico, también asuma la forma de un diario de viaje, en el que se recopilan las distintas opiniones y observaciones de un viajero respecto al territorio chileno y sus habitantes. Sin embargo, lo particular de este viajero, es que no se trata ni de un extranjero ni de un nativo del espacio que recorre, sino más bien, la de un sujeto que busca una identidad que no le corresponde del todo. Quizás se deba a la dualidad presente en su vida-obra, la roncha que sacaba a una intelectualidad ilustrada, al mismo tiempo que suscitaba la admiración por parte del público masivo.

Las enseñanzas del maestro

Podemos señalar que todo discurso autobiográfico, o mejor dicho, que asume lo biográfico como un material reflexivo, implica un ejercicio testimonial, en que “la palabra de un individuo cuya vida está, de un modo a otro, dificultada, apremiada o amenazada por el curso que, de pronto, toma la sociedad en que

⁷ Cabe señalar que lo escueto de estas señas se debe a que no existe una biografía oficial y a las escasas referencias que aparecen en internet o en las reseñas biográficas encontradas en sus libros y reportajes. Además éstas suelen ser contradictorias, pues entre una y otra ciertas fechas no coinciden o se omiten datos, lo que vuelve sumamente difícil reconstruir su vida.

vive, lo obliga, en consecuencia, a instituirlo como “objeto” de una introspección que le permita comprender y asumir cada suceso vivido.” (Cerdea 105). Considerando esta idea, podemos entender cómo la emergencia de lo biográfico en *Chile o una loca geografía* supone el testimonio de un yo que, ante la *incomodidad* que significa coexistir con una sociedad en crisis, ha decidido embarcarse en la comprensión de los trazos profundos que la articulan. Este ejercicio testimonial, sin embargo, posiciona al yo de la enunciación en un lugar disímil con respecto al del receptor. Entre el yo que enuncia y el destinatario del texto se abre un espacio que los separa. Esta separación se origina porque el sujeto de la enunciación⁸ ha accedido a una dimensión de la realidad que lo distingue de una persona subsumida en las inercias cotidianas. Por lo tanto, entre el yo y el lector se establece una relación de *verticalidad*, en la que el primero se posiciona en el lugar de un “maestro”: alguien que ha recorrido un camino de *clarificación*, que debe ser valorado y por ello transmitido.⁹

A la luz de lo anterior, la figura del *contador de patria*, que acuña Gabriela Mistral para referirse a Subercaseaux, alude directamente a ese sujeto excepcional, el cual ha experimentado “verdaderamente” la *patria*, superando los esfuerzos que ello entraña. “Mi gratitud de lectora va hacia el caminador que atravesó Chile sin apuro de itinerario, sin hacer dengues al frío ni rezongar al

8 En la textualidad de *Chile o una loca geografía* encontramos el deseo de que coincidan el sujeto de la enunciación y el del enunciado. Sin embargo, sabemos que esta cercanía es sólo ilusoria, pues cómo en todo texto, existe un coeficiente de ficcionalidad que impide un abrazo definitivo entre ambas dimensiones. Lo interesante en este caso es la seducción que produce en el lector la ilusión de que esta escisión se encuentre disuelta.

9 Para un mayor entendimiento de las relaciones de *verticalidad*, revisar el capítulo “¿Qué significa ascendente? Por una crítica de la verticalidad” del libro *Has de cambiar tu vida* (Pre-texto, 2012) de Peter Sloterdijk.

bochorno de la ruta.” (11). Por ende, la tarea de contar la patria le exige al sujeto que sea capaz de comprender que la *excepcionalidad* del país radica más bien en lo insólito de su fisionomía, en su materialidad desmedida, que en los discursos -ya sean míticos, literarios o científicos- que en ella se posan. Pero para experimentar esta desmesura, el *contador de patria* debe distanciarse de esas formas de conocer el territorio, pues dicha experiencia se remonta a un momento anterior a la configuración de esas metodologías. En su lugar, el *contador de patria* “alinea” su cuerpo con la naturaleza de la geografía y desde ahí nos habla.

Este figura calza en varios aspectos con la del narrador benjaminiano. Una primera semejanza radica en que “el narrador toma lo que narra de la experiencia; [de] la suya propia o referida. Y la convierte a su vez en experiencia de aquellos que escuchan su historia.” (Benjamin 65, 2008). En otras palabras, la experiencia narrada por él se transforma en lo que posibilita el reconocimiento de una comunidad. Así, la experiencia geográfica es ese espacio común olvidado por los chilenos y que el *contador de patria* recobra a partir de su narración.

Pero para que esta experiencia se vuelva transmisible, y por ende colectiva, es necesario que el narrador asuma su condición mortal y metafísicamente inferior respecto a lo narrado. Benjamin utiliza la siguiente imagen para representar este hecho: “Un escala que alcanza hasta las entrañas de la tierra y se pierde entre las nubes es la imagen de una experiencia colectiva, para la cual aun el más profundo *schock* de toda experiencia

individual, la muerte, no representa impedimento o barrera alguna.” (86, 2001).

Por otro lado, Subercaseaux al posicionar la geografía chilena en un plano cuasi-metafísico está aceptando su muerte:

“Chile, contrariamente a otros países, posee una geografía que supera al sentimiento nacional que lo habita. Esta revelación fue el primer beneficio que recibí de mi estudio. Pueblos innumerables y diferentes pasaron por esta tierra; otros -lo estamos viendo- pasarán más tarde, y los que ahora vivimos en ella representamos un accidente transitorio en el devenir humano.” (20)

Este hecho, sin embargo, no perturba su integridad espiritual, por el contrario, es el impulso que le permite acceder a ese plano superior, o bien, más profundo, de la experiencia geográfica. “Estas verdades, que podrían ser amargas, se mudan en gozo cuando vemos que hay en este Chile algo que lo hace eterno e inmutable; y ese algo es su geografía.” (20).

Con esto en consideración, podemos comprender cómo la escisión entre el yo-narrador y el lector se origina por la diferencia en sus modos de experimentar el territorio. Este, a pesar de albergar indistintamente el cuerpo del narrador como el del lector, se presenta de manera diferente para cada uno. Es que para una subjetividad que no ha recibido una preparación adecuada la naturaleza sensible del territorio se vuelve imperceptible. Esta idea es un supuesto que recorre todo *Chile o una loca geografía*. Asimismo, cabe señalar que para Benjamín Subercaseaux esta brecha no es infranqueable, sino que se trata del aliciente que motiva al “discípulo” bajo su tutela a superarse para alcanzar ese otro nivel de conciencia de lo geográfico. Así, el rol del humanista de la tierra o del *contador de patria* consiste en acortar la distancia que separa a los sujetos de su territorio y así pueda reconstituirse lo comunitario.

Los conflictos del nombre

Subercaseaux, para trazar su itinerario escritural de la geografía de Chile, no solo se fija en aquellos rasgos geográficos comunes a todo el territorio, sino también en los que diferencian a una zona de otra. Así una de las matrices del texto es la búsqueda de la particularidad de cada paisaje, encontrar su *organicidad* específica, como a su vez, trazar los hilos subterráneos que aúnan la geografía del país. En este anhelo por captar tanto lo general como lo particular del territorio, subyace en realidad, una tensión en la manera de comprender y retratar la *chilenidad* de la geografía. Esto se manifiesta en la decisión de renombrar las distintas zonas geográficas (Norte Grande, Norte Chico, Zona Central, Sur y Zona Austral) y sus distintas provincias y localidades¹⁰, bajo el rótulo de “país”.

Esta noción, sin embargo, no se corresponde con la idea de un “territorio que forma una unidad geográfica, política y cultural” (RAE). Más bien, el uso del término “país” se encuentra determinado por la preposición “de” que prosigue en el enunciado, la cual, no denota posesión o pertenencia de algo, sino que expresa su origen o procedencia. De este modo, renombrar a una zona como “el país de las montañas tranquilas” o “el país de la senda interrumpida” supone el

¹⁰ Recordemos que en esta época aún no se ha implementado la división del país a través de regiones numeradas. Esta medida, instalada durante la dictadura, pretende uniformizar el territorio, restándole identidad a las regiones por medio de la sustracción de sus nombres. Al otorgarles sólo un número se las denomina de igual modo que a un cuartel o a un regimiento, hecho que constata una comprensión reduccionista (y violenta) del territorio. De este modo, me parece interesante destacar cómo el proyecto de Subercaseaux es inversamente proporcional al promovido durante la dictadura militar: este, en lugar de reducir las diferencias, las genera al instalar una “máquina” que renombra lo ya nombrado, sin olvidar la capa nominal anterior.

deseo de superar una forma de comprender el territorio exclusivamente organizacional y/o administrativa. Este gesto recupera “el instinto catador de las cosas” (14), que fue estropeado por una formación escolar que no fue capaz de comprender la naturaleza geográfica¹¹. De este modo, estos nuevos nombres poéticos, que se sobreponen a los anteriores, vienen a evidenciar la presencia de una geografía tan variada, que posee las condiciones materiales-espirituales para acoger distintos “países” en su interior.¹²

Asimismo, el radio de acción de la “máquina” de renombrar instalada por Subercaseaux no se limita sólo al nombre de las regiones, sino que atraviesa, como una guía punzante para nuevos sentidos, todos los paisajes aludidos en el texto. Ya desde el título mismo de la obra “Chile o una loca geografía” se nos propone una segunda capa nominal que viene a alterar las significancias de la primera. Esta alteración responde a un malestar respecto a un modo de organizar-nombrar el mundo, que achata sus imbricaciones sensibles y existenciales.

En el epígrafe general del libro -una serie de versos escritos por el mismo Subercaseaux y dedicados al Marqués de Piedra Blanca de Guana (primer noble de Chile)- podemos entender el meollo de este malestar: “...y yo me estoy aquí con el alma angustiada / por todo lo que pude ser y no fui; / teniendo entre mis manos el mundo y sabiendo / el nombre de cada puerto, de cada golfo, / de cada dique donde podría / tapar la vía de agua de mis alegrías”. Así, el hablante

11 Para más detalles ver el capítulo: “Por un “humanismo de la tierra””

12 Por el momento mantengamos en suspenso esta idea, la cual será desarrollada ampliamente en los siguientes capítulos.

declara que, a pesar de poseer una serie de conocimientos respecto del mundo -los que le permiten tenerlo entre sus manos-, estos son insuficientes para tapan la fuga por donde se escapa su alegría. Este forado refiere a una crisis de sentido por parte del sujeto. Para él la acumulación de conocimientos tiene un carácter negativo, ya que estos sólo suponen un peso más que debe cargar, pero que no aportan ninguna directriz o soporte respecto a cómo vivir su vida. Tras sus palabras se articula un alegato en contra de un sistema valórico, encarnado en una *nobleza* del pasado, que para ese tiempo resulta caduca por su falta de operatividad simbólica. Este estado de angustia generalizado es, por así llamarlo, el grado cero de la escritura de *Chile o una loca geografía*; esa conciencia al límite de la textualidad de una obra, que la envuelve cómo una gran retina, donde se proyectan las sombras de otro mundo posible.

Así, el conflicto que subyace a los distintos modos de nombrar el territorio, en realidad, corresponde a un conflicto mayor, relacionado con el siguiente problema pedagógico: cuál es la manera adecuada de *enseñar* el mundo a la población. Estas enseñanzas parten por una alfabetización generalizada. Sin embargo, este proyecto es insuficiente si se piensa la lectura y la escritura reducidas a la mera decodificación de conceptos, a la repetición y acumulación de sustantivos en lugar de nombres propios. Es que devolverle al territorio la propiedad de sus nombres, o inventarle nuevos, supone una ruptura con un modelo de enseñanza que separa al sujeto de su entorno, acción que lo despoja del poder de imaginar *en* y *sobre* él otros ordenes organizativos. Fabio Morábito,

en un pequeño ensayo llamado “El nombre de los muertos”, concluye lo siguiente:

Nada como esos nombres grabados en las lápidas (los más puros que hay, porque con ellos ya no se llama a nadie) para intimar con el sonido de las palabras, ese sonido que los actuales métodos de enseñanza de la escritura, basados enteramente en la equivalencia del signo escrito con la cosa que representa, subordinan demasiado pronto a la tiranía del concepto. Nada mejor que ellos, que resplandecen como una cosa autónoma conforme se apaga la memoria del difunto, para probar la arbitrariedad del lenguaje y recordarnos que, a pesar de la palabra montaña, ninguna montaña se parece a otra, que todo es diferente de todo y que la vida está hecha de nombres propios. Sólo esos nombres, al no tragarse la mentira de la equivalencia y de la semejanza, nos proporcionan a base de lenguaje la salida del lenguaje, el atisbo de la realidad del mundo. (28)

Sobre la desaparición de las ilustraciones

Al revisar la primera edición de *Chile o una loca geografía* nos encontramos con una serie de ilustraciones que recorren todo el texto. Pequeños grabados en blanco y negro de paisajes, de artesanías, mapas de Chile, de America, de Europa, retratos de indígenas entre otras imágenes acompañan la narración, graficando lo contado. Su autor es un joven Nemesio Antúnez -primo del autor-, recién graduado de arquitectura. Su elaboración evidencia los conocimientos pictóricos del artista, ya que su composición, se asemeja a los bocetos de paisaje realizados por los pintores viajeros del siglo XVIII y XIX. (ver fig 1.) El trazo de las ilustraciones simula un pulso rápido, a mano alzada, que recuerda la velocidad de una pintura concebida durante un viaje de expedición, en el que los artistas solo contaban con unos cuantos minutos para realizar su registro. Así, estas imágenes sitúan la lectura al interior de un imaginario propio de los viajeros del XVIII y XIX, gesto que facilita el ejercicio de configurar visualmente lo descrito.

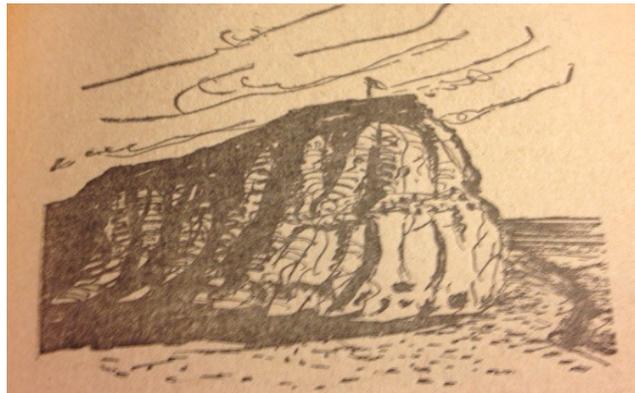


Fig 1

Sin embargo, cuando uno revisa la versión definitiva de *Chile o una loca geografía*¹³, como sus posteriores reediciones, no hallamos ninguna de estas ilustraciones¹⁴. Las únicas imágenes que se conservan son cuatro. La primera corresponde a un mapa en el que se contrasta la envergadura de Chile con la del continente europeo. La segunda es un mapa de Sudamérica en el que se resalta en blanco el trazado de Chile. Por último, la tercera y cuarta ilustración son dos perspectivas distintas de la fosa oceánica que se encuentra frente al puerto de Taltal. Estas cuatro imágenes fueron concebidas por Antúnez para la primera edición bajo el mismo registro que las demás ilustraciones. Sin embargo, en las siguientes ediciones ellas se encuentran diseñadas bajo un estilo propio del dibujo técnico, que elimina toda presencia del artista. (ver figura 2 y 3)



fig 2

13 Benjamín Subercaseaux considera la cuarta edición de su obra como definitiva. La primera y segunda edición no contaban con el prólogo de Gabriela Mistral, como del epílogo “Los cielos de Chile”, entre otros detalles.

14 Salvo una que otra edición facsimilar, estas ilustraciones desaparecen en las demás ediciones.

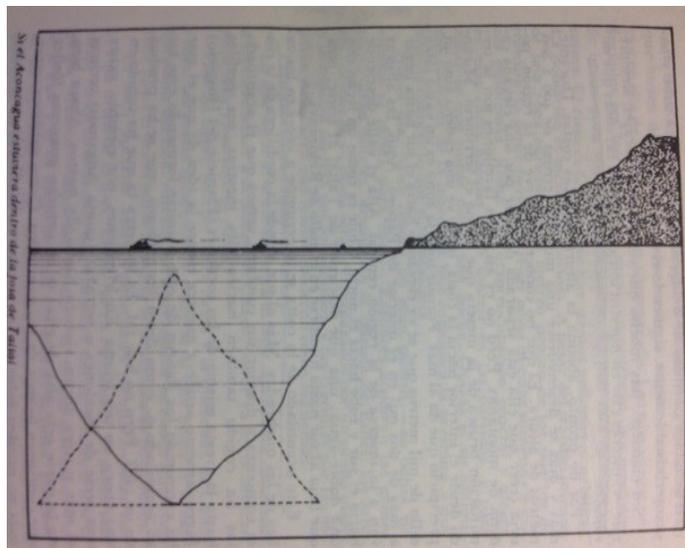


fig 3

Uno podría pensar que la desaparición de las ilustraciones se debe a una simple decisión editorial por abaratar costos o por la nula recepción crítica que tuvieron. No obstante, es extraño que Subercaseaux no insistiera en conservarlas si estas hubieran sido verdaderamente fundamentales para la comprensión de su libro. A mi parecer, su ausencia¹⁵ se debe a un motivo más profundo, vinculado con uno de los preceptos que cruza *Chile o una loca geografía*, y al que, estas imágenes pondrían en cuestión. El ensayista, en el capítulo referido la zona austral, realiza el siguiente comentario en relación a su experiencia en la cueva del Milodón:

Tan asombroso era aquello, que tomé unas fotografías con el fin de que, a mi regreso, no me compararan con Don Quijote saliendo de su cueva de Montesinos. Una vez reveladas estas fotos, mostraron la inutilidad de mis esfuerzos; yo aparecía en ellas como un punto negro sobre una colina blanca; la bóveda, demasiado grande para ser captada por el lente, sólo mostraba un cielo negro con unos salientes vagamente luminosos.(...)

¹⁵ Subercaseaux incluso no las menciona en ninguna de las cuatro notas de presentación que se encuentran en la edición definitiva.

El lector ha de comprender que si me doy el trabajo de describir un fracaso fotográfico, no es con el fin de probar que no sé fotografiar, sino para hacerle comprender que, en realidad, el paisaje se veía así. La fotografía era buena y exacta, pero incomprendible para quien no hubiera estado en ese lugar.” (246)

Lo que me interesa destacar de esta observación es como para Subercaseaux las representaciones visuales “no dan el ancho” al momento de captar y re-presentar lo experimentado por el sujeto ante un paisaje determinado. Ellas, al igual que los mapas, nos pueden entregar ciertas directrices para ubicarnos en un territorio específico, pero jamás podrán ayudarnos en nuestra comprensión de un lugar en los términos que a Subercaseaux le interesa. Una fotografía o una pintura pueden ser el estímulo para revivir dicha experiencia, pero jamás podrán suplantarla. Por ende, afirmar que “la fotografía era buena y exacta, pero incomprendible para quien no hubiera estado en ese lugar”, refiere a un tipo de vínculo sensible que se establece entre el sujeto y el entorno que no necesita de mediación, sino solo del contacto directo del cuerpo con la materia circundante.

Si asumimos como cierta la hipótesis anterior, resulta evidente el motivo por el qué desaparecieron las ilustraciones de Antúnez. Su presencia suponía contradecir uno de los principios que movilizan a este ensayo geográfico: solo es posible conocer un espacio por medio de la experiencia directa con él, es decir, habitarlo, recorrerlo, vivirlo a través del cuerpo propio.

La descripción o las señales de ruta

Hasta este momento podrían resultar al menos paradójicas, ciertas ideas que están en juego en *Chile o una loca geografía*. Por ejemplo, la afirmación de que sólo es posible conocer la geografía al vivenciarla de un modo <<directo>> o <<inmediato>>, choca con el planteamiento de que es necesario enseñarle al sujeto, a través de la lectura de un libro, cómo debe disponer sus sentidos para experimentarla correctamente. Más allá de la advertencia preliminar acerca de que el pensamiento de Subercaseaux suele ser contradictorio, creo que en este punto, es necesario precisar un aspecto crucial de su proyecto literario, que esclarece este conflicto.

Como es sabido, *Chile o una loca geografía* no es, por decirlo así, el libro definitivo de Subercasaux, sino *Santa materia* (1954). Para él en ese texto se decantan y condensan las distintas ideas que fue elaborando a lo largo de su carrera respecto a la vida y el hombre. A pesar de lo peculiar que es esta obra, no nos detendremos a indagar en sus ideas. Su cita simplemente nos sirve para recordar una de las semejanzas entre ambas, que se encuentra en la dedicatoria de *Santa Materia*: “a los espíritus religiosos, este manual de piedad sui-generis”. Así, el ensayista define el género de *Santa Materia* como el de un manual de piedad especial, es decir, un tipo de texto “que contiene los ritos con que deben administrarse los sacramentos.”

Este fin de la escritura repercute en la forma de elaborar sus descripciones de la geografía. En primera instancia, ellas no desean ser una

estampa o una postal del territorio nacional, en otras palabras, representarlo de una manera cerrada y definitiva. Incluso, podríamos hablar de una suerte de inclinación iconoclasta por parte de Subercaseaux, al rechazar la producción -ya sea visual o escrita- de imágenes que engloben el paisaje y la geografía del país. En cambio, opta por un tipo distinto de descripción, que en lugar de un afán mimético, se limitan a señalarnos aquellos aspectos sensibles en los que debemos fijarnos para así elaborar nuestra propia experiencia del lugar, pues como nos advierte el mismo autor: “Una cosa, solamente, me causaría horror: ver este libro en manos de personas tan estúpidas como para creer que mis palabras pueden reemplazar ventajosamente al diseño de la tierra” (49).

Por ello es preciso leer escenas como la siguiente en tanto señales que indican donde se gestó la experiencia geográfica:

“El sol vuelve a brillar implacable sobre las piedras, que crujen y se disgregan en sus entrañas; vuelven los pequeños arco iris en torno a las cascadas, y los quiscos siguen impertérritos en las alturas, como centinelas del cielo. El silencio crece, multiplicado ahora, después del estruendo, y se diría que los latidos del corazón marcan un compás de angustia en esa atmósfera enrarecida: la vista se nubla; las rodillas no obedecen, y hay quienes caen extenuados sobre las piedras punzantes que el viento ha vuelto a poner en marcha: es la puna de la alta montaña.” (52)

Así, este tipo de descripción no desea informarnos sobre un determinado territorio ni tampoco erigirse como su traducción. Simplemente se despliegan como marcas para que el cuerpo del lector sepa donde experimentar, después de su lectura, directamente la sensualidad del territorio. Gracias a esta ritualidad literaria, los sujetos pueden relacionarse con el paisaje y la geografía, vivirlos, fuera de una ideología instrumental que reduce su percepción a la cifra o a la

postal. De este modo, es por medio de esta particular forma de describir que Subercaseaux nos entrega su sacramento geográfico.

Un libro solo para chilenos

Acceder a la geografía chilena como ya hemos visto no es una tarea fácil; se necesita una serie de ejercicios para que el cuerpo esté preparado para dicha travesía. Sin embargo, estos preparativos no son universales, sino que específicos para el cuerpo atrofiado de los chilenos. Así el objetivo de este libro no es entregar una visión de Chile al extranjero que se pregunta cómo es este país, pues "*Chile o una loca geografía* no muestra esta tierra a quien no la conoce" (25). Esta especificidad se debe a que "hay algo en el contacto directo, en la atmósfera y el color de cada país, en la experiencia diaria con sus habitantes, algo propio e intransferible; una modalidad íntima que ningún libro puede reflejar." (25) Entonces, ¿cuál sería la función del texto? A lo que Subercaseaux responde: "Lo que el libro hace, lo que el libro logra y solo él puede lograr, es aquella preparación del alma sin la cual los ojos no ven y los cuerpos viajan sin mudar de espíritu. En este sentido, me parece que mi libro muestra al futuro viajero, ignorante de nuestro país, muchas cosas que contribuirán a hacerle provechoso el viaje y ordenada la visión." (25)

Así, este no es exactamente ni un libro de viaje ni el testimonio de un viajero, sino una serie de instrucciones y guías para un viajero potencial, quien no debe ser un extranjero, sino un habitante del mismo país, cuyo deber -

¿nacional?- es aprender a recorrer el cuerpo de su *madre patria*. Es importante destacar que el texto no apela al *ciudadano*, sino a una dimensión de la persona no articulada por el Estado. En otras palabras, lo que se desea despertar y movilizar en los sujetos no es su conciencia cívica o social, sino una suerte de extranjería en la propia tierra: “Este libro nació de la visión panorámica de un chileno que siente y trata de interpretar su patria, sin dejar por eso de contemplarla con la mirada preocupada “del que llega de afuera”.” (24)

Esta visión dialéctica calza con el sentimiento de Subercaseaux de haberse sentido en numerosas ocasiones un extranjero en su país natal, hecho que marca y determina varias de sus apreciaciones. Pero es en su proyecto cognoscitivo de Chile y la *chilenidad* que esta noción entra en juego, al incitar al lector a desencadenar, por medio de sus descripciones, una imaginación crítica del país. Es que la identidad chilena, para el ensayista, ha estado “mal encaminada” hasta antes de la aparición de *Chile o una loca geografía*, por haber obviado o mal entendido una de sus dimensiones más cruciales: la geografía y el paisaje.

Es en este juego de hacer ver por primera vez al habitante su territorio que apreciamos la operación poética del texto. Como señala Sergio Rojas en *Escritura neobarroca*, “la palabra literaria sirve a la conciencia de que la identidad es siempre ajena, que el “yo” sólo puede aprehenderse a sí mismo como *pretensión*, como impostura o retórica.” (77). Acceder a esta conciencia del yo como “pretensión de ser otro”, le permite al sujeto sobrepasar la barrera de su propio cuerpo y sentirse parte de un espacio comunitario en constante

construcción. Este gran otro contenedor de todo lo que se entiende como propio de Chile, para Benjamín Subercaseaux, fue, es y será su geografía.

II. Los espacios sensoriales del cuerpo

Notas para intimar con la geografía

A lo largo del capítulo anterior vislumbramos como Subercaseaux, a través de distintas operaciones formales, establece la ruta que seguirá *Chile o una loca geografía* para comprender el territorio nacional. Una de las concepciones clave para este programa, y sin la cual no sería factible el viaje, es la de cuerpo. Esta se establece en tanto matriz que posibilita el sentido geográfico, o mejor dicho, es donde lo geográfico repercute y vibra. Es el cuerpo en relación íntima con el paisaje y la geografía lo que se despliega a lo largo del libro. Por otro lado, mientras proseguimos la lectura, el territorio chileno va perdiendo su dimensión paisajística, es decir, la posibilidad de estar ante él de un modo contemplativo. En su lugar, él mismo cada vez más se parecerá a un cuerpo, con sus extremidades respectivas, que se articulan a modo de órganos delineando sus funciones. En este capítulo, no obstante, todavía no nos detendremos a explorar este modo organizativo, antes debemos esclarecer qué entiende por cuerpo Subercaseaux y cuáles son sus implicancias para el estudio de la geografía.

Una primera noción relacionada a la de cuerpo es la de intimidad. Ésta marca la pauta del tipo de vínculo que se busca establecer con lo geográfico, pues es solo en el reino de lo íntimo que la sensualidad -el placer de sentir los sentidos- puede tener lugar. La idea de intimar con lo geografía exuda erotismo. Pienso en Bataille¹⁶ y en la posibilidad de acceder a un régimen de existencia

¹⁶ Sobre todo en su artículo *Teoría de la religión* que aparece en *El aleluya y otros ensayos*. Alianza Editorial. Madrid, 1981.

que supera las discontinuidades cotidianas gracias a su vinculación. La geografía chilena entonces se encontraría cargada de esta energía que, al ser canalizada correctamente por los sentidos, conduce -o mejor dicho, regresa- al sujeto al dominio de las continuidades. Son esas “orgías de color” (53) lo que se anhela penetrar y hacernos partícipes en ese proceso. Como en una novela, los lectores pactamos con el autor; dejándonos seducir por sus palabras, le otorgamos la oportunidad de mostrarnos el mundo, el suyo, su visión. Sin embargo, el mundo con que se trabaja en *Chile o una loca geografía* no es el mismo que el de la novela: no se trata con personajes ficticios sino con paradigmas de persona, los habitantes de las países ahí señalados. Asimismo, el narrador calza irremediabilmente con el autor. Es solo en la seducción y en el pacto que este ensayo geográfico se asemeja a la novela. Pero sobre todo estos géneros se distancian entre sí, en la diferencia ontológica entre sus mundos: él de la novela solo tiene lugar en la ficción; en cambio, él del ensayo geográfico sería El Mundo, el nuestro, el *natural*, que soporta y posibilita todas las demás ficciones.

Pero ¿cuál es el tipo de intimidad que se establece entre cuerpo y geografía? Parece al menos paradójica la manera en que esta necesidad se encuentra planteada en la escritura de Subercaseaux. Esta se enuncia para un público nacional, lo que destruye la ilusión novelística de que lo contado por el narrador fue escrito exclusivamente para nosotros. Por eso la intimidad a la que se apela es ajena al esquema burgués de lectura y comprensión de la novela. La geografía no se dispone como un libro abierto, al que podamos almacenar en

una biblioteca particular. En su lugar, su entidad desborda los límites de la ficción, se encuentra más allá de ella, conformando un espacio ajeno a la palabra. Ésta contiene tanto al libro, como al autor y sus lectores. Comprender y aceptar esta desmesura geográfica, le implica al sujeto disolverse en ella y asumir que el orden humanista es solo una impostura. La disolución de lo pequeño -la escala humana- en lo grande -la escala geográfica- supone así otro tipo de intimidad, una especie de recogimiento en que nos vaciamos llenándonos *de y con* ella.

El espíritu actuante

Para compenetrarnos con el proyecto de *Chile o una loca geografía* es crucial comprender el lugar enaltecido que ocupa el cuerpo. Éste supone una ruptura con un modelo dualista de ser humano, en que cuerpo y alma se encuentran escindidos ontológicamente:

Para precisar nuestro pensamiento debemos anticipar que la antítesis clásica entre los conceptos de *alma* y *cuerpo* nos despiertan ciertas dudas. Sabemos que existen el prejuicio y la creencia de que el cuerpo es *material* y el alma, *espiritual*. No discuto -ni éste el lugar para hacerlo- la verdad religiosa o metafísica que encierra tal creencia. Me limito a reconocer que, para el artista, hay espíritus excesivamente materiales, y cuerpos que parecen rodeados de un nimbo de espiritualidad. (159)

Por el momento dejaremos en suspenso la figura del artista como modelo ideal de comprensión de lo geográfico, para centrarnos en las implicancias tras las dudas respecto a esa antítesis clásica: la oposición cuerpo/alma. En la historia de este dualismo, el cuerpo habitualmente es despreciado por su mortalidad, en contraposición a la supuesta inmortalidad del alma. No obstante, para

Subercaseaux este desprecio también radicaría en una concepción inanimada del cuerpo, proveniente de la ciencia:

El cuerpo -quien no lo sabe- es material por su naturaleza mineral y orgánica. Pero cuando lo decimos, pensamos en ese montón de carne palpitante; en ese conjunto de venas, nervios y músculos que componen el organismo animal. Es una visión científica que, en realidad, no tiene otro parangón que el cadáver: aquel cuerpo destrozado y fragmentado que nos ofrece la mirada <<anormal>> del anatomista. (159)

Para el ensayista la visión científica reduce al cuerpo humano al reino de lo inanimado, lo cosifica para estudiarlo, pero obviando su dimensión animada. El movimiento es algo intrínseco al cuerpo, es lo que le otorga su *corporalidad*, es decir, el influjo de la vida misma pasando por él:

Lo que en el cadáver podría ser aceptado como materia parece que dejara de serlo al estar animado por el soplo de vida. Hay algo en el ser humano y en su cuerpo que rebasa de los límites de la piel; algo que es el objeto mismo de las artes plásticas en su afán de quebrar la inercia de las formas y de la materia, para comunicar el movimiento y la sensibilidad a lo que, por definición, es inerte e insensible. (160)

En realidad, el fin de toda esta teoría general sobre el cuerpo es poder pensar y apreciar cabalmente el cuerpo de los chilenos, ya que éste sí es entendido bajo un paradigma dualista -en que las palabras como escalpelos solo buscan estudiar su anatomía-, se pierde su misterio, o en otras palabras, el modo en que habitan su territorio:

Ese algo que es materia y que no lo es, lo posee el chileno en grado máximo. Nunca vi otra raza en que el espíritu se descubriera menos al que lo hurga a través de la vía natural que es la palabra, y donde el cuerpo hablara tanto a través de la calidad de su piel y de ese *espíritu actuante* que son las actitudes.

Así el cuerpo chileno habla otro idioma, uno sin palabras, que se expresa en la piel y en sus actitudes. El nombre que le otorga Subercaseaux a esa lengua es el de *espíritu actuante*. Por lo mismo la noción de raza aquí empleada se aleja

de una concepción fascista, en la que se separa y clasifica los cuerpos al instalar entre ellos jerarquías de *superioridad e inferioridad* biológicas. Éstas se basan en un conocimiento que se concibe como absoluto sobre las formas del cuerpo, él cual posibilita establecer y administrar políticamente sus *orígenes* en pos de fomentar una determinada identidad nacional en contra de otra. Subercaseaux a pesar de saber las complejas connotaciones de este concepto, insiste en emplearlo para describir las diversidad de cuerpos que pueblan Chile:

Es verdad que la manía de negar la existencia de las razas (simple espíritu de contracción frente al odioso racismo nazi) hace difícil la descripción de tipos locales. Sea como fuere, si es cierto el hecho de que no puede existir una <<raza>> magallánica, chilota o nortina, no lo es menos que una persona provista de una ligera sensibilidad describe tipos y expresiones dominantes y propios de cada región.” (250)

De este modo, la raza parece ser otra expresión material del *espíritu actuante*, o mejor dicho, una condensación de las actitudes y formas que palpitan en y por los cuerpos. Ellas nos conectan con una dimensión humana que nuestro espíritu occidental no puede comprender, o solo puede comprender y empatizar por medio de una conciencia estética:

Se diría que la limitación que nos impone nuestro espíritu occidental para penetrar en el alma de las razas milenarias, se transforma en una ilimitada comprensión humana cuando interrogamos los cuerpos con la mirada luminosa del artista. Ellos nos hablan su viejo lenguaje fraternal que no conoce las barreras del pensamiento ni le importan los prejuicios de las razas. Ellos revelan un espíritu aun a quienes no creen en el espíritu. Más aún, ellos prestan un *espíritu del cuerpo* a aquellos que no poseen el del alma. (161)

Es interesante observar cómo esta concepción espiritual del cuerpo calza con lo que hemos denominado en el capítulo anterior como Humanismo de la Tierra. La imposibilidad de comprender y/o valorar “el alma de las razas milenarias” supone la negación de la cultura de estos pueblos. Su cultura no puede competir con la

occidental-europea, no obstante sus cuerpos ahora poseen un coeficiente de espiritualidad que compensa este déficit. Entrar al cuerpo del chileno es acceder a zonas de la chilenidad olvidadas, o como señala el mismo Subercaseaux en su diagnóstico, que no traicionan su identidad:

Empecinados como estábamos en buscar un molde que se ajustara a nuestra mente, descuidamos el llamado ardiente de las formas y de la expresión humana; y no sólo nosotros, los chilenos mismos traicionaron su cuerpo en su afán de aparentar lo que no son. Hay un espíritu prestado que quieren poner en juego en circunstancias que ya poseen uno, y que éste habla por si mismo a través de la materia, desmintiendo aquel otro que pretende arrogarse los privilegios del alma. (161)

Para finalizar, me parece interesante destacar que este diagnóstico no es exclusivo de Subercaseaux; se trata del conflicto que tratan de resolver todos los modernismos latinoamericanos, y el que se encuentra sintetizado en los siguientes versos de Rubén Darío: “Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,/ botón de pensamiento que busca ser la rosa; se anuncia con un beso que en mis labios se posa/ el abrazo imposible de la Venus de Milo.”. La imposibilidad de encontrar una forma que se adecue al cuerpo (del) latinoamericano, parece ser la cuestión tras la pregunta por la identidad. Existe una forma, una cultura heredada, pero cuyo origen, al diferir del entorno material en que se despliega, se torna inoperante, conflictiva. Por ende, la noción de *espíritu actuante*, como el proyecto general de *Chile o una loca geografía*, son una respuesta más a ese problema.

Al interior del cuerpo interior

Para entender mejor los fundamentos tras la idea de cuerpo y *espíritu actuante*, es importante comprender que son nociones que buscan distanciarse de un esquema occidental de entendimiento. En su lugar, intentan ser pensadas desde *el espacio de acá*, advirtiendo la disyuntiva intrínseca de ese espacio, que parece emerger como una zona vacía, un no-lugar, solo de paso, entre Occidente y Oriente. Sin embargo, y guardando las distancias, me parece que estos dos conceptos se aproximan a cierta experiencia oriental del cuerpo, descrita brevemente por Peter Sloterdijk en el siguiente extracto: “La primera región es la región de lo propio, denominada entre los platónicos latinos la zona del <<hombre interior>>, afirmando que sólo en ella se encuentra la verdad: *in interiore homine habitat veritas*, la mayoría de las veces con la exclusión del propio cuerpo, mientras que los yoguis y gimnósofos de Oriente incluyen a éste en el mundo interior.” (290, 2012). Así, Sloterdijk propone que una de las diferencias entre el pensamiento oriental y el occidental reside en el punto donde comienza la experiencia interior para cada uno. Lo que me interesa destacar es que el cuerpo, para cierta tradición oriental, forma parte del mundo interior del sujeto, dejando de ser una materia externa, donde sólo reside por un momento el espíritu. Bajo este paradigma los sujetos se relacionan con la exterioridad -es decir, el resto del mundo- considerando el cuerpo y sus sentidos, y no exclusivamente por medio de la mente y/o la conciencia.

En este punto es preciso señalar que el pensamiento europeo no ha estado exento de este tipo de reflexión. Un ejemplo de ello es la Naturphilosophie, cuyo meollo filosófico es resumido espléndidamente por Federico López Silvestre:

De lo que aquí se trata no es ni de reducir el mundo a descripción científica, objetiva y abstracta, ni de afirmar que ese mundo es pura cáscara y que somos los encargados de darle contenido conceptual y emotivo. De lo que se trata es de exaltar esa idea de <<alma>> para superar el idealismo absoluto como el materialismo dogmático. Si, según Schelling, <<la Naturaleza no es una masa inerte>>, sino que en ella está presente de forma inconsciente el espíritu y la fuerza creadora universal que sólo se manifiesta de forma consciente en el ser humano, según Humboldt, es por ello que en la experiencia sentida del paisaje el ser humano <<reconoce>> y se identifica con lo que le rodea como subjetividad primitiva. El paisaje es un estado del alma, no porque sea un lienzo en blanco sobre el que pintamos los colores que nos interesen, sino porque, aunque como fragmento sea un producto del ojo humano, en su materia prima –la forma de los minerales y las montañas, la hierba, los árboles...- se esconde ya cierta subjetividad inconsciente reconocible por la consciente. (20, 2008)

Es así como bajo esta óptica, la comprensión del territorio excede los límites de un mero fenómeno perceptual y se instala como matriz y receptáculo de la misma subjetividad. Sin embargo, esta noción todavía se encuentra circunscrita a los conceptos de <<Espíritu>>, <<Alma>> o <<Contemplación>>; pues para ella, el sujeto solo se puede compenetrar con el territorio en tanto que en él también residiría cierta subjetividad inconsciente. En cambio, para Subercaseaux esta relación no se establece porque el sujeto y el paisaje compartan una misma subjetividad, sino porque ambos forman un continuo material y por donde la espiritualidad intrínseca a esa misma materia vibra.

En *Técnicas del yoga* Mircea Eliade señala que “los estados de conciencia son los productos refinados de la misma substancia que crea el mundo físico y biológico. Sólo hay diferencia de grado entre los estados psíquicos y los objetos inanimados y los seres vivos.” (31, 1961). Estos

preceptos son los mismos que se encuentran en las bases del proyecto de ejercitación de los sentidos de Subercaseaux, lo que explica, por ejemplo, que la diferencia entre la geografía y sus habitantes, sea solo formal y no ontológica. Ello posibilita que, a pesar de la diferencia de magnitudes entre lo geográfico y lo humano, este último sea capaz de vincularse con la geografía a través de sus sentidos.

El artista como modelo ejemplificador

Como vimos en el primer capítulo, el narrador de *Chile o una loca geografía* se sitúa en un plano superior al de los lectores, por considerar que sus sentidos se encuentran mejor preparados para experimentar las distintas dimensiones del territorio nacional. Sin embargo, esta consideración no es del todo arbitraria, ya que según Subercaseaux, él encarnaría el modelo a seguir para la comprensión de lo geográfico: el del artista. En este punto, es importante distinguir a qué tipo de artista se está apelando. Su concepción, en primera instancia, se aleja del artífice o artesano de las formas, es decir, quien manipula una materia de tal modo que es capaz de otorgarle una forma bella. Por otro lado, ésta también se distancia del genio o demiurgo, creador de formas inéditas, sacadas de su “mundo interior”. Para Subercaseaux ser artista más bien se trata de poseer una mirada que ilumine las formas del mundo pre-existentes, pero que sin su luz pasarían inadvertidas. La belleza de estas formas, no obstante, no se ajusta necesariamente a las de un canon clasicista: “Los chilenos son feos si hemos de

entender por hermosos aquellos tipos que se ajustan a los cánones clásicos.” (161). Así, el artista es quien impone sobre la sociedad su gusto; es quien enseña a saborear las formas, a sentirlas por primera vez de un modo correcto. Asimismo, el artista es quien rompe con una visión de mundo heredada, la que no se ajusta a la realidad de su contexto.

Pero ¿cuáles son los criterios que debería cultivar el artista para esta misión? En una extensa nota al pie Subercaseaux se refiere a la producción de objetos por parte de los indígenas, aludiendo a la poca relación de estos con la naturaleza de Chile. Para afirmar esto contrapone el caso chileno al chino:

Cuando contemplé por primera vez una colección de insectos chinos, no pude menos que sorprenderme al ver lo <<chinas>> que eran esas bestezuelas; los élitros parecían enmarcados en laca, y se hubiera dicho que los dibujos provenían directamente de los alfabetos de los Hijos del Cielo. En realidad, la expresión había sido cogida al revés. Eran los chinos quienes habían tomado del medio ambiente los elementos principales de su arte, y no la naturaleza quien se había prestado a esta transformación peregrina. (202)

Hasta este punto, lo afirmado por el ensayista podría ser un capítulo más de la vieja disquisición de quién imita a quien: el arte a la naturaleza o la naturaleza al arte. No obstante, esa preocupación queda suspendida en el desprecio por la artesanía mapuche:

En Chile no vemos nada de esto. Si examinamos los colores dominantes en los insectos, aves y otros animales, nos topamos con el amarillo limón, el negro, el rojo ladrillo, el café, el ocre, el rosa seca y el blanco. Hermosos colores que se prestarían para combinaciones originales, pero que no aparecen jamás en los *choapinos* araucanos. Se les siente extranjeros, tropicales. No tuvieron tiempo los araucanos para captar nuestro paisaje, ni lo captarán jamás, ahora que no tienen vida propia. (202)

Este diagnóstico negativo, sin embargo, no es exclusivo para el pueblo mapuche, sino que es generalizado para todo el sistema de enseñanza y difusión del arte en Chile:

Nuestro sistema de enseñanza raya en el caos absoluto y en el desconocimiento de las verdaderas bases de la nacionalidad, que a menudo confundimos con lo folklórico o lo simplemente criollo. En Arte, importamos escuelas extranjeras o nos aferramos a un supuesto arte autóctono sin ver el arte incipiente que se revela en nuestro niños como una realidad propia, chilena. (202)

Ese “arte incipiente” -que no se vincula con las escuelas extranjeras ni se aferra a lo folklórico- es él que aflora en los niños quienes aún no aprenden a ver o, mejor dicho, solo ven con sus propios ojos, de modo instintivo. Pero para llevar a cabo este programa se requieren procesos que Subercaseaux sólo esboza y que deja al arbitrio del devenir temporal:

Todo Chile es así, sin correspondencia con el arte de los chilenos. Semejante al primer musgo que aparece en una isla rocosa, será preciso que *fabriquemos tierra* con nuestra propia substancia. Los años improvisarán una tradición artística que hará *desaprender* al niño y lo obligará a desarrollar los brotes instintivos que el paisaje les sugiere día a día. Diez siglos apenas bastan para eso; pero vendrá. Es una ley natural ineludible. Si ahora nos parece ausente es porque nos falta la perspectiva necesaria para apreciar su evolución.”(202)

¿En qué consiste fabricar tierra con nuestra propia substancia? ¿Cómo se improvisa una tradición? ¿Qué es lo que deben *desaprender* los niños para desarrollar su instinto? Son cuestiones que Subercaseaux no trata en esta nota, ni tampoco explícitamente en *Chile o una loca geografía*. Lo que sí podemos afirmar es que en ellas se vislumbran ciertos principios del deber ser de un artista: alguien cuyo modo de relacionarse con las cosas se acerca al del niño. Así, para Subercaseaux el artista es quien ha desinhibido su instinto y por ende

su visión del mundo se encuentra en constante improvisación, siendo capaz de reinventar una tradición a cada instante.

Erotismo geográfico

Si bien el fin último de *Chile o una loca geografía* es enseñarle al chileno a gozar sensorialmente su territorio, en qué consiste específicamente éste objetivo nunca es del todo aclarado. Sabemos que para ello es necesario cultivar los sentidos en pos de poder captar las <<orgías perceptuales>> que alberga el territorio. Sensualidad originada por su exceso de estímulos y que se escapa a las lógicas ilustradas de percepción. Sin embargo, la función del humanismo -como institución encargada de regular y administrar lo que entendemos por humano-, no se limita exclusivamente a apaciguar nuestras pulsiones, sino también, como señala Peter Sloterdijk en *Normas para el parque humano*, a exaltarlas:

El fenómeno humanista gana atención hoy sobre todo porque recuerda –aun de modo velado y confuso– que en la alta cultura, los seres humanos son cautivados constantemente y al mismo tiempo por dos fuerzas formativas, que por afán simplificador llamaremos aquí influjos inhibitorio y desinhibitorio. El convencimiento de que los seres humanos son «animales bajo influjo» pertenece al credo del humanismo, así como el de que consecuentemente es imprescindible llegar a descubrir el modo correcto de influir sobre ellos. La etiqueta Humanismo recuerda –con falsa inocencia– la perpetua batalla en torno al hombre, que se ratifica como una lucha entre las tendencias bestializantes y las domesticadoras. (205, 2001)

A la luz de esta lógica dual o ambivalente del humanismo, cuyo afán es tanto inhibitorio como desinhibitorio, podemos comprender mejor el vaivén de las opiniones y opciones escriturales adoptadas por Benjamín Subercaseaux a la

hora de articular su ensayo geográfico. Por lo mismo es factible que adiestrar los sentidos suponga tanto inhibirlos como desinhibirlos.

Por otro lado, sentir placer por el territorio nacional, para Subercaseaux, se encuentra estrechamente ligado a una épica de los cuerpos. El ensayista prácticamente alucina con la lucha de los habitantes de ciertas zonas por subsistir y resistir las inclemencias del clima. Esto lo lleva a preferir algunas zonas del país en lugar de otras, privilegiando las que exigen al sujeto otro tipo de compromiso: uno épico¹⁷ con la vida:

Basta con mirar un mapa, repito, para comprender que debemos ser pescadores, mineros, leñadores, vaqueros, industriales y marinos (...). Eso debemos ser y no chacareros ignorantes al servicio de una casta y bajo un cielo caprichoso que destruye las cosechas antes de ser almacenadas. En las otras profesiones se forman los hombres libres y musculosos; nuestra agricultura actual crea piltrafas de humanidad hambrienta, sin voluntad ni iniciativa. (151)

Es interesante destacar que los cuerpos promovidos son aquellos que ejercen ciertas profesiones que solo se dan en zonas específicas del país, y las que producen hombres libres, pero sobre todo, musculosos: “Por el sexo se pavonean los cargadores de la Vega, medio desnudos, haciendo alarde de su musculatura vibrante bajo la carga enorme o >>la cuna<< repleta de fruta.” (105). Esta predilección por los cuerpos musculosos y bien delineados no solo se liga a su homosexualidad, sino también a una concepción viril de la vida.

¹⁷ Es importante señalar que este compromiso épico con la vida no está ligado a la guerra ni al ejército, sino más bien a un contacto real y directo con la geografía, que involucraría todas las dimensiones del cuerpo.



Fig 4.

La virilidad a mi parecer es una de las preocupaciones que cruzan la biografía y obra de Subercaseaux. Ejemplos de esto son su auto-proclamación como “el homosexual más hombre de Chile”¹⁸ o las fotografías en que se lo ve vistiendo una chaqueta de cuero y andando en moto.(ver fig 4)¹⁹ Esta predilección, asimismo, conlleva un desprecio hacia la mujer, que recorre toda su obra. Así, en *Una nueva interpretación del hombre* leemos: “Las mujeres, como todos los No-Mutantes, poseen grabaciones mnemónicas totales. Por lo que ellas logran recordar mucho más que los mutantes, y son capaces de almacenar una cantidad prodigiosa de recuerdos inútiles, como lo hace el hombre común. De ahí sus parloteos interminables.”. El desprecio por lo femenino también se extiende a los territorios, por decirlo así, no-viriles: los que

18 Ver el reportaje que aparece en el diario La Nación, segundo cuerpo, el 18 de Noviembre de 1990.

19 Imagen que acompaña al artículo de Jaime Quezada “Un contador de patrias”, Revista Ercilla del 12 de Noviembre de 1980, p. 4.

no significan un reto para el hombre. Sobre el “País de los espejos azules”, el autor escribe:

Como sea, esta región que yo encuentro de una belleza sorprendente, debo confesar que me desconcierta. El hombre vive aquí una vida idílica, y yo aborrezco los Paraísos y las Arcadias. La gente carece de temperamento, y el amor -como decía un amigo- tiene una lentitud de flor que espera su polinización del viento o de fruto que cuenta con el sol para madurar. (214)

Lo viril en cambio, supone cuerpos en constante producción de sí mismos, curtidos y moldeados por las fuerzas geográficas, y no por el Estado o una cultura heredada. Es por eso que ciertos lugares no deben ser modificados: “Hay determinantes geográficos e históricos que hacen de Chiloé una tierra de lucha contra la naturaleza, que es preciso dejar así, a medio consolidar, en el impetuoso avance hacia el sur”(220). Lo peculiar de este posicionamiento es su lejanía con la actual postura estético-ecológica de conservación y cuidado del territorio comprendido en tanto patrimonio. La geografía está para que el ser humano se abastezca de ella y no para cuidarla. Por eso, Subercasaux puede opinar que: “En general, casi todos los ríos de Chile podrían ser útiles para instalar grandes plantas eléctricas. La industria tendría en ellas una fuente de energía mucho más barata que el carbón. *Chile entero debería estar electrificado de un extremo a otro.*” (199)

De este modo, la geografía aparece como la fuente de energía que estimula la vida del hombre, la posibilita y determina de tal modo, que a los cuerpos no les queda otra salida que entregarse a sus flujos o forcejear. Esta potencia geográfica es la que permite la síntesis entre la energía popular y una

razón elitista²⁰. Sobre este punto, me parece certero el balance realizado por Roberto Hozven:

Síntesis que se efectúa bajo el auspicio de una nueva alegoría: la de la “Familia humana chilena”, superadora del abismo psíquico y civil que aísla al europeo, al mestizo y a la población aborigen tanto entre ellos mismos como de sí mismos. Esta alegoría pretende domesticar la amenaza del mestizaje; el que, por una parte, es el motor de esta síntesis, la fuente de su energía, pero, por otra parte, el mestizaje también es sentido como una tácita amenaza al orden constituido. De modo provocativo, Subercaseaux aúna estas dos vertientes integrantes de nuestro sentimiento de familia, de raza y de clase bajo la frase de “sadismo entusiasta”. (213)

El peligro del mestizaje como lógica organizativa de la identidad nacional radica en que bajo su manto desaparece la multiplicidad de etnias: las formas constantes y disímiles de los cuerpos que constituyen la población chilena. Después de considerar estos distintos aspectos, me atrevo a sostener que, para Subercaseaux, sentir placer por la geografía, captar su sensualidad, escapa de una lógica contemplativa, es decir, pasiva y distanciada de su dimensión material y táctil. Acceder a esta sensualidad requiere de un vínculo activo, marcado por ese “sadismo entusiasta”, entre los múltiples actores que se desenvuelven por su materialidad irreductible a un exclusivo denominador común.

Las razas: ecos del territorio

Subercaseaux habla a lo largo de *Chile o una loca geografía* tanto de una única raza chilena como de una multiplicidad de razas. Esta dualidad se debe a que Chile es uno y varios países a la vez. Así, la raza chilena se constituye por una

²⁰ Recordemos que esta razón elitista no se relaciona con principios ilustrados inhibitorios, sino con una superioridad atlética de ciertos cuerpos sobre otros.

misma piel, cuyas texturas van mutando de región en región. Esta piel, a través de la escritura de este libro, es capaz de estirarse al punto de cobijar en sus pliegues los cuerpos disímiles -tanto por sus orígenes como por sus constituciones- de los habitantes del territorio nacional. Sin embargo, la valoración de éstas no es igual para todas, siendo evidente sus preferencias. Éstas -a pesar de lo que uno pudiera pensar por tratarse de la noción de raza- no son arbitrarias o basadas en una biología perversa. Su criterio principal, como podría esperarse, es el grado de compenetración del cuerpo de los sujetos con el territorio que les toca habitar. La geografía es la pauta que deben seguir las personas para construir su entorno de vida y no su propia voluntad²¹. Por desobedecer este orden natural por ejemplo es que Subercaseaux rechaza a la colonia alemana del sur:

Los alemanes hicieron de esta región un jardín, pero un jardín para alemanes. En ningún momento se manifestó el propósito de establecer una comunión espiritual o material con el país de adopción. Siguiendo una línea de conducta tan diferente de las colonizaciones cosmopolitas de Norteamérica, donde alemanes, italianos, suizos y holandeses se fundieron en un sólo gran país, los alemanes de Chile trabajaron desde el primer momento para crear una pequeña Alemania. (206)

Una buena raza sería la que ha logrado “establecer una comunión espiritual o material” con el territorio, dejándose influir y curtir por él. Ésta no es la lógica del colonizador, que impone su visión de mundo sobre una realidad ajena al origen de su visión, sino más bien la del cosmopolita, quien se adapta y explora sin prejuicios la nueva realidad que le toca vivir. Lo interesante de esta postura es

²¹ Este principio es el que sigue una línea del paisajismo chileno para elaboración de jardines: no intervenir la disposición natural de la flora, no introducir especies foráneas, los caminos se deben adaptar a la disposición de las plantas y no a la inversa, entre otros tanto que se desprenden de esta idea.

que las razas positivas son aquellas que se han abierto al paisaje y a la geografía; la han incorporado a sus cuerpos, siendo transformados por ella.

Por ende, el origen de una raza no se encuentra determinado por su constitución biológica, pues ella estaría en constante mutación. Así, debemos entender esta concepción positiva de la raza dentro del esquema de un determinismo geográfico, que moldea los cuerpos a su imagen y semejanza. Sin embargo, este influjo de la geografía sobre los pueblos no siempre es bien recibido, ya que éstos muchas veces forcejean con él, se resisten, llegando a lo aberrante, a la degeneración: “El alemán, más que ningún otro pueblo, tiene la tendencia a degenerar con cualquier mezcla (sabe Dios si no vienen de ahí sus postulados >>arios<<). Hay algo muy sutil en el tipo del alemán-chileno que le impide fundirse totalmente en el nuestro sin perder al mismo tiempo la cualidad principal que constituyó su fuerza: la pureza moral de su vida.”(206). En cambio, existen otras razas que son más homogéneas, morales y eficientes por haber sabido adaptarse al territorio, por ejemplo, los chilotes:

Muchos se mezclaron a los españoles, de manera que hoy día podemos hablar de un tipo chilote: bajito, activo, sonriente, buen marino y amigo de la paz, una especie de indonesio que, a mi modo de ver, es lo mejor que tenemos en materia de raza homogénea, moral y eficiente. ¡Qué agradable país sería el Chile central si estuviera poblado solamente por chilotes! Este pueblo merece una protección más decidida, para que sean ellos, y no otros, quienes colonicen el inmenso territorio del sur, y al cual ya están adaptados por el clima, la vida, los cultivos y la navegación. (223)

A mi parecer, lo importante de esta concepción de raza para Subercaseaux, es que le permite en su trazado obviar los aspectos culturales e ideológicos de cada pueblo, y subsumirlos en esa “Familia humana chilena”. Se desea que los

cuerpos convivan en paz al interior del territorio nacional, pero sin escuchar sus voces. Es que las razas que han comulgado adecuadamente con la geografía funcionan como sus reflejos, pudiendo incluso palparla en su constitución física y psicológica.

Ese cuerpo llamado Chile

Hemos señalado ya en un par de ocasiones que Subercaseaux comprende al territorio nacional como un gran cuerpo que contiene en su interior a una multiplicidad de otros cuerpos. Sin embargo, nunca nos hemos detenido a analizar las implicancias de esta idea y cuáles serían las características de este macro-contenedor. En el siguiente y último capítulo nos encargaremos de los distintos aspectos que constituyen lo geográfico para Subercaseaux, en contraposición a una concepción paisajística del territorio. Por eso, para concluir este capítulo, solo nos enfocaremos en la geografía chilena entendida como cuerpo.

En primer lugar, debemos reiterar que el cuerpo geográfico chileno no es uno homogéneo, ya que cada región difiere entre sí tanto en las formas como en las energías almacenadas. Una de las razones que lo originan es la falta de una cabeza que coordine los movimientos y de un corazón fuerte que irrigue correctamente la sangre. En esta metáfora hay una crítica directa a la ciudad de Santiago como capital del país: "La verdad está en que lo ignora de forma lamentable. Es un corazón demasiado débil para un cuerpo de gigante: la

sangre no le llega a todas partes, y las extremidades se le enfrían. El gran problema de Chile está ahí, y es un problema psicológico y geográfico.” (109). En este punto, es importante destacar cómo lo geográfico se entronca con lo psicológico al momento de la conformación organizacional de Chile, y por ello, también provocan su disfunción. Es como si el cuerpo de Chile desbordara sus lógicas organizativas, siendo éstas producto de una idiosincrasia incapaz de articularse correctamente:

Por eso, cuando la vemos tan grande en su tamaño y en sus destinos, nos entra la sospecha de que sus habitantes no han tomado conciencia de su grandeza y que, a semejanza de los parásitos que pasean por un elefante, sólo tienen una visión oscura lo que deben ser la cabeza y la cola de la enorme bestia que los sustenta. Ya dijimos que Santiago, aunque no posee un alma de aldea sino de gran ciudad, carece de una vida de conjunto, aparentando ser una colonia de aldeas más o menos autónomas. (109)

Pero la crisis santiaguina -y de todo el país- se debe a esos “hombres que han hecho las veces de cabeza y cerebro en la dirección del país” (109), los cuales siempre lo han direccionado bajo preceptos ideológicos y no a partir de una labor. Subercaseaux elabora esta crítica desde su propia definición de ideología, la que entiende como: “una arquitectura del espíritu para organizar el cuerpo, el clan” pero que “no es un dispositivo para hacer llegar la savia a ese cuerpo inmenso y sin vida, que se quiebra por su propio peso.” (109). Así, la ideología como arquitectura espiritual no basta para movilizar y organizar las energías internas de un país. Sobre todo si nuestros gobernantes piensan así: “Es cierto que ahora los Presidentes viajan, y eso está mejor. Pero ellos mismos lo han dicho: >>desean que Santiago esté donde está su Presidente<<” (109). La falta de entendimiento de la realidad nacional y el deseo de implementar lógicas

vistas en otras realidades, impide encontrar una dinámica laboral, es decir, una implementación direccionada de las energías en pos de un dominio y comprensión territorial: “La tierra es rebelde a las ideas; no sabemos qué hacer con ellas cuando enfrentamos el campo y sus hombres laboriosos y solitarios. En cambio, la tierra es sumisa al esfuerzo humano cuando éste la enfrenta en una labor sostenida y eficaz.” (110). Este error o incapacidad en el modo de relacionarse con el territorio genera un país dislocado, cuyas energías proliferan sin un sentido claro. Asimismo, las opciones para revertir esta situación también son inciertas, ya que se desconoce quién debería ser el actor encargado de corregir este rumbo: “Entretanto, el cuerpo gigante vive una vida laboriosa pero incoordinada; la vida de un cuerpo fuerte que hubiera perdido el control de la cabeza. ¿Quién le devolverá su inocencia primera o el uso de su razón?” (110)

Uno podría creer que Subercaseaux pensó *Chile o una loca geografía* como la guía programática para cambiar este destino. No obstante, el ensayista es consciente de las limitaciones de su proyecto, cuyo alcance es mucho más modesto, pero sin dejar de ser relevante: la formación de un gusto y/o sensibilidad que pueda revertir en un futuro esta situación: “Nosotros sólo sabemos que se consume. El artista ve esta parte y de ella extrae su porción de belleza. No es la suya, sin duda, una obra de reconstrucción nacional. ¿Pero no es acaso, una primera forma de acción la de poner la sensibilidad al servicio de la inteligencia para captar así la noción íntima de las cosas y de su destino?” (110).

Pero este cuerpo aparentemente inconexo que es Chile, a su vez, contiene la posibilidad de su reconstrucción, ya que contiene las claves secretas, la condiciones adecuadas para la vida en él. Son los cuerpos que lo habitan los que deben aprender su lección y no imponerle lógicas ajenas a su fisionomía. Así aceptar el destino de la geografía supone asumirla también como un cuerpo al cual hay que escuchar. La complejidad de esta tarea radica en comprender su heterogeneidad y es en este meollo que *Chile o una loca geografía* significaría un potencial punto de inflexión.

III. La locura de una angosta faja de tierra

Historia de una diferencia

En este último capítulo nos encargaremos de pensar y definir qué se entiende por geografía y paisaje en *Chile o una loca geografía*. Para ello, primero tuvimos que comprender las decisiones formales que se tomaron para su articulación, así como la idea de cuerpo, que atraviesa toda la obra, en tanto espacio de experimentación y despliegue de lo geográfico. Ahora que ya hemos dilucidado estos dos aspectos fundamentales, el camino interpretativo se vuelve menos sinuoso y el temor a perderse en los vaivenes de Subercaseaux tiende a desaparecer. No obstante, no debemos distraernos, pues hasta este punto solo hemos insinuado en qué consiste la diferencia entre geografía y paisaje. A lo largo de este capítulo intentaremos explicar y entender en qué se diferencian estos dos conceptos, que solemos utilizar como sinónimos.

En este punto, quizás debemos plantear el problema desde otra perspectiva y preguntarnos, en su lugar ¿en qué momento paisaje y geografía pasaron a ser usados como sinónimos que designan una realidad común? Como es evidente sus etimologías son distintas. Por un lado, paisaje es una derivación de *país* que a su vez proviene de la palabra latina *pago*, que hacía referencia a las cosas del campo y la vida rural. Así, la palabra paisaje aparece en el español alrededor del siglo XVI para designar ese tipo de pintura que representaba “la vista de un país”.²² Por otro lado, geografía es una palabra compuesta por el

²² Para más detalles al respecto ver el capítulo 1. La definición de paisaje, del libro de Javier Maderuelo *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada editores, 2005.

prefijo latino geo- que designa algo relativo a la tierra, y grafía, cuyo origen proviene de la palabra latina graficus, es decir, “algo referente a la escritura o al dibujo”²³. La geografía designaba a esa ciencia que buscaba elaborar representaciones fieles -que no presentarán elementos imaginativos- de algún lugar. Esta ciencia, a su vez, fue impulsada después del descubrimiento de América por la necesidad colonial de “defender ciudades y puertos, cobrar impuestos y asignar territorios” (Maderuelo, 275, 2005).

A mi parecer, estas dos nociones se entroncan y confunden durante el Romanticismo y la emergencia de la dimensión estética o sensible del hombre como modelo de comprensión de la Naturaleza. Así para la Naturphilosophie los conceptos de <<Espíritu>>, <<Alma>> o <<Contemplación>> eran claves al momento de pensarla. Por lo mismo, más allá de la impronta ilustrada, y por ende laica, de sus planteamientos, en estas nociones aún se percibe una clara herencia teológica. En ellas vislumbramos como Dios o la divinidad se ha trasladado al plano material del mundo. Éste ya no depende de otro suprasensible; ahora en cambio, él mismo posee una *naturaleza* divina que lo organiza. Esta organización es la que otorga al sujeto la posibilidad de comprender el mundo –empatizar con él- más allá de un fin utilitario. Este hecho resulta evidente en las palabras que Carl Gustav Carus le dedica al paisaje:

¿Qué es lo que da forma a la pintura de paisaje, sino la gran Naturaleza de la Tierra que nos rodea? ¿Y qué más elevado que captar la misteriosa vida de esa Naturaleza? E impregnado del conocimiento de los maravillosos efectos recíprocos de tierra y fuego y mar y aire, ¿no nos hablará con más fuerza el artista con sus imágenes, no ha de ser él quien más pura y libremente abra el alma del que las contemple, de forma que también a

²³ Véase el volumen III del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de J. Corominas y J. A. Pascual. Gredos, 1980.

éste se le abra la contemplación de los secretos de la Naturaleza viva, y reconozca que no es un azar vano y sin ley quien define el curso de las nubes y la forma de las montañas (...)?²⁴

De este modo, el artista es capaz de captar y reproducir en su obra los “secretos de la Naturaleza viva”, pues su *genio* comparte un mismo origen con el principio organizador del mundo, surgen a partir de la Naturaleza misma. Ello posibilita que en la pintura de paisaje aún percibamos, de un modo *natural*, aquella subjetividad que también organiza el paisaje físico. Es esa subjetividad común la que desea captar tanto la geografía como el paisaje, llegando al punto de confundirse con ella. Por ende, paisaje y geografía son dos modos de entender una misma entidad, cuyos focos de atención difieren solamente, por decirlo así, en su rango temporal ,pero no de sentido.

En el caso de Subercaseaux, como un continuador de esta línea de pensamiento, el paisaje estaría ligado a la dimensión inmanente del territorio, en la que tienen lugar procesos de mediana y corta duración. En cambio, la geografía albergaría la dimensión trascendente del territorio, o en otras palabras, una temporalidad de larga duración, que rebasa la escala humana de percepción. De algún modo, la geografía contendría al paisaje, pero no así a sus formas, siempre cambiantes. Propongo como hipótesis de esta sección, que entendamos esa *locura* que instala Subercaseaux en el título de su libro, como la tensión entre estas dos nociones, en la que se privilegiaría a la geografía sobre el paisaje.

²⁴ Ver *Cartas y anotaciones sobre la pintura de paisaje*. 1992, p. 120

Heterogeneidad y descentralización

Teniendo presente los problemas antes mencionados en torno al paisaje y la geografía es interesante destacar una de las características fundamentales de la geografía chilena subercaseana vendría a ser su carácter heterogéneo. Chile se compone de varios países por la variedad de formas que adopta su geografía. Esta diversidad es su mayor riqueza y particularidad, la que se compara a la de países cuyo territorio²⁵ es mucho más vasto y extenso, como China o Estados Unidos. En su prólogo Mistral señala al respecto:

Nada tiene de extraordinaria la variedad en los países descomunales: los Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamado Chile. Todo está allí: calvicie geológica, selva dura, largos vergeles, nieves y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de la hermosura en lo que toca a la Venus-tierra, y Chile tal vez sea la cosa más plural del planeta. (10)

Subercaseaux capta, según Mistral, la dimensión excepcional de nuestro territorio: encontrar encapsuladas en un espacio tan reducido una diversidad tal de formas, solo comparable con la de países cuya extensión territorial es inmensa. Esta pluralidad del territorio chileno es la que le otorga su belleza. Pero ¿qué tipo de sujeto es capaz de acceder a esta hermosura del territorio? ¿qué cuerpo carga con esta conciencia? Estas dos preguntas se me aparecen como las dos caras de un mismo conflicto de identificación entre el sujeto y su hábitat, el que analizamos parcialmente en el capítulo anterior.

²⁵ En este capítulo entenderemos la noción de territorio como la dimensión física, conmensurable y por ende bajo el influjo político, de la tierra.

Un punto, sin embargo, que no tratamos es el tipo de conciencia que se adopta respecto a la administración y sentido del imaginario territorial. Existe una tendencia, por decirlo así, centralista, que comprende a la zona central como la matriz organizativa del territorio chileno, modelo que se exporta al extremo norte y sur del país. Un ejemplo de esta lógica es la presencia de alamedas a lo largo de Chile. Por otro lado, ante este impulso centralizador hallamos otro opuesto y que es la base de *Chile o una loca geografía*. Es que para poder asumir la heterogeneidad del territorio chileno es necesario salirse de una visión centralizada. Chile no puede ser pensado desde la unicidad y centralidad estatal, sino a contra pelo de éstas, desde una concepción descentralizada del territorio. Así el chileno para acceder a su *chilenidad* debe abrir los ojos a la basta pluralidad territorial que subyace en esta esencia. Por lo mismo, podríamos hablar en el caso de Subercaseaux de un esencialista de lo múltiple y descentrado. Pues es solo bajo esta conciencia que Chile puede ser bello, o mejor dicho, es solo fuera de un esquema centralista que la belleza chilena -su diversidad de formas- puede aflorar.

La pre-existencia geográfica de Chile

A mi parecer, una de las ideas más descabelladas -y por lo mismo con mayor rendimiento-, que plantea Subercaseaux sobre la geografía chilena es la anterioridad de su existencia respecto a la de sus habitantes:

Magalhaes y los suyos pasaron sin saber que Chile era algo más: un >>país<<; una región perfectamente delimitada por la geografía del continente. No de aquellas que cobra existencia cuando reciben un nombre antojadizo, y que adquieren límites cuando se los fija el capricho del hombre o la suerte de las armas. Chile existía desde que lo concibió el planeta de su parto de los montes. (31)

Esta tesis aparece enmarcada en el intento por comprender cómo los distintos flujos migratorios han posibilitado el poblamiento del país. Sin embargo, lo interesante de este argumento son, sobre todo, sus implicancias políticas e históricas.

Asumir la geografía como un ente ajeno al orden de los Estados, y por lo mismo, exento de disputas geopolíticas, supone que sus límites se encuentren establecidos por un orden incuestionable para el ser humano: él de la propia Naturaleza. Esta concepción es sumamente benéfica y útil para un país como Chile, cuyos límites territoriales siempre han estado en disputa y en cuestión, hecho que constituye la base del sentimiento patriótico. Marco García de Huerta señala al respecto que:

El sentido patrimonial-territorial que adquiere la patria se advierte, por ejemplo, en el hecho de que la historia se enseñe desde la primaria, como "Historia y Geografía". La idea que la guía es la soberanía sobre un *territorio*, que la ejerce el Estado, no la soberanía popular, que la ejerce en principio la nación entera. La formación ciudadana está hecha para la formación "patriótica" más que para la formación del sujeto soberano y comienza con la formación en la patrimonialidad geográfica. (146)

Para Subercaseaux es absurda esta concepción de soberanía basada en la defensa de un patrimonio geográfico, pues las magnitudes en juego pertenecen a una escala diferente a la del hombre, una inconmensurable. Al ser humano solo le queda adecuarse a ella y aceptarla como una entidad superior²⁶. Por lo

²⁶Este argumento podría abrir una nueva ruta para la historiografía nacional: el estudio de los distintos vínculos sensibles que han establecido los hombres con su entorno.

mismo, si miramos bajo la óptica de Subercaseaux las actuales disputas territoriales de Chile con Perú y Bolivia, parecerían ridículas, pues el conflicto real no sería una cuestión de kilómetros o de una salida al mar, sino de la incapacidad espiritual de estas tres naciones para comprender sus respectivas geografías.

Otra consecuencia política de este argumento, reside en la posibilidad de dejar de pensar al “pueblo chileno” bajo términos unificados y unilaterales; asumir que los flujos migratorios que posibilitaron el poblamiento de Chile no son exclusivos de un periodo pre-histórico, sino más bien una constante en el devenir habitacional del país, supone una constitución cosmopolita del mismo territorio: “Aquí quedaron todos amontonados, como en los tranvías, donde suelen ser más los que suben que los que bajan.” (38). En otras palabras, al ser la geografía chilena, “el gran crisol humano donde se fundían las razas desde el fondo de la Prehistoria” (38), todos sus habitantes -los pasados, los futuros y los presentes- pasan a ser parte de una gran comunidad cosmopolita. Para el ensayista, los habitantes de Chile se encuentran en un estado de constante migración, de movimiento perpetuo, por lo que resulta infructuoso trazar el origen exacto de sus raíces: “Nuestro pueblo actual, que algunos, sin que yo sepa por qué, se empecinan en considerar casi limpio de toda sangre aborigen, está en realidad empapado en ella. *El chileno (salvo el aporte europeo que vino después y que jamás dominó en su psicología) es un mero accidente transitorio en una historia que remonta a doce mil años.*”(39). Por ende, la constitución misma del cuerpo chileno es múltiple y espuria, salvo algunas excepciones como

“los norteños, los araucanos y los habitantes de los canales” (38), razas que se mantendrían puras.

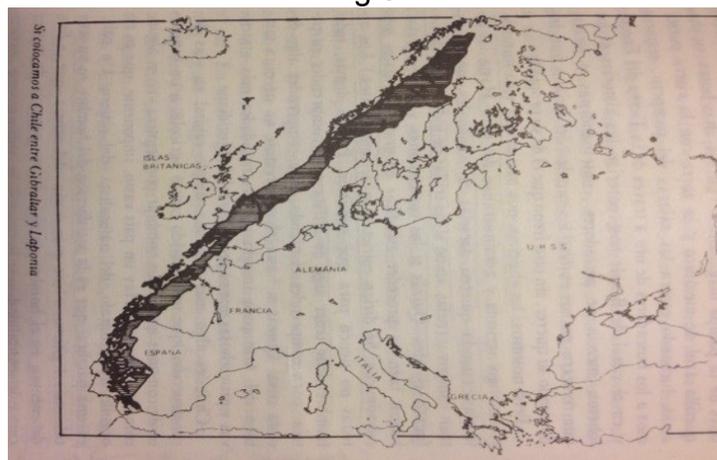
Para cerrar esta reflexión es preciso señalar que el carácter anterior de la existencia geográfica es otra manifestación de su ser metafísico o trascendente. Pues, sólo es factible que la geografía determine el destino de los cuerpos que la habitan, si su sentido se encuentra previamente constituido. Asimismo, éste no debería estar cerrado o volcado sobre sí, impidiendo el acceso a los sujetos. De este punto, podemos inferir otra de las características de la geografía chilena: su cualidad porosa, que permite que sus influjos lleguen hasta los hombres, pero no a la inversa: que el sentido humano afecte sus lógicas organizativas. Así, podemos representar a esta geografía como una gran membrana unidireccional de flujos de sentido.

La condición insular del Chile-archipiélago

Como hemos visto hasta ahora, para Subercaseaux la geografía chilena no es una entidad estática ni mucho menos homogénea. Si hubiera que emplear una metáfora para describirla (además de la de cuerpo utilizada por el mismo autor), sería la de un archipiélago, pues el país descrito en *Chile o una loca geografía* se asemeja increíblemente a ese complejo de islas, donde se establecen vínculos múltiples entre ellas. Asimismo, esta imagen calza con la concepción heterogénea y descentralizada de la geografía que propone Subercaseaux. No obstante, el rendimiento de ésta solo es efectivo para describir las lógicas

internas de articulación del país, pero resulta inadecuada para pensar las relaciones que establecen con otras naciones. En este aspecto, nuestro país se asemeja más a una isla que a un archipiélago: “Sabemos que en el extremo norte, Chile está separado del mundo por una ancha extensión desértica. Por el sur, mira hacia los hielos del Polo. Por el oeste, tiene al océano hasta la mitad del mundo; y por el este, la cordillera inmensa. Un país así se llama *isla*, aun cuando sus límites no encuadren dentro de la definición geográfica de las islas.” (47). De algún modo, es su misma geografía la que aisla a Chile del resto del mundo, hecho que a su vez le otorga su singularidad. Asimismo, es la condición isleña de Chile la que circunscribe la escritura del libro exclusivamente a este territorio, lo que se refleja en las escasas comparaciones con las geografías colindantes. Es más, a veces pareciera como si Chile fuera arrancado del continente por Subercaseaux y lo hiciera viajar por distintas zonas del orbe. Esta sensación se ve graficada en la ilustración de la página 44, donde se compara su envergadura con la del continente europeo. (ver fig 5)

fig 5



Es que el deseo del ensayista es sacar a los chilenos del aislamiento espiritual trazado por una mala comprensión de su propia geografía: “En Chile vivimos en ese aislamiento, y no porque lo hayamos buscado en el *spleen* de una lady romántica.” (45). Pero para realizar este deseo, es necesario escapar de una mirada centralista, que aísla al país a una zona exclusiva. En este punto, es donde se entroncan la narración épica de la vida y la comprensión territorial:

Chile es algo más que una simple capital en vías de construcción; que un reducido centro agrícola, o un conjunto de comunas que oímos su nombre por primera vez en algún cómputo electoral. Hay un país vasto, imponente, que es el orgullo del geógrafo, del naturalista, del viajero. Un país, en una palabra, que es la satisfacción del hombre en su sentido más legítimo, y con más razón, del artista, que, a fin de cuentas, es el hombre en su máxima potencia de captación y sensibilidad. (44)

Así, al estudiar la vastedad del territorio nacional, la noción de geografía tiende a coaptar los demás aspectos del país, pues para Subercaseaux solo esta noción es capaz de expresar la paradójica condición de Chile: ser una isla hacia el exterior, pero un archipiélago hacia el interior.

Por una crítica al trazo cartográfico

Si hay una constante en el método de Subercaseaux para estudiar lo geográfico es su rechazo a una pedagogía disciplinada al acto de educar: “En este libro hemos tratado de mostrar la tierra sin las clasificaciones y divisiones que el arte de enseñar impone al maestro.” (47). Es que “enseñar la tierra”, según lo que ya hemos revisado, sería otro manera de representarla, procedimiento que resulta infructuoso para el ensayista. Esto se debe a que esa metodología supone un

observador que se encuentra enfrentado a un objeto, al que se limita a describir sin verse afectado por él. Sin embargo, no es éste el tipo de vínculo que se establece entre el sujeto y la geografía, ya que el primero nunca se encuentra <<ante>> ella, sino siempre <<en>> ella: “Pero no empieza; y por una razón muy simple: porque estamos en ella desde la primera página.” (47).

Asimismo, para los sujetos aprender (de) la geografía no debe transformarse en un acto de acumulación, de mera memoria. En su lugar, deberíamos optar por “un camino más lento y, tal vez, más agradable, que nos permita endulzar el esfuerzo con otro proceso mental: el instinto. Ya no será la voluntad fría que entrará en juego para captar, penosamente, los elementos que ha de fijar la memoria, sino el interés quien se encargará de hacer por su propia cuenta.” (48). La potencia del instinto también tiene sus limitaciones al momento de relacionarse con el territorio. Estas consisten sobre todo en la dificultad de ubicarse en el mundo sin un mapa en mente: “Pero en ninguno de estos casos, y menos en el nuestro, podríamos pretender a un conocimiento infuso *del lugar en que nos hallamos*. Para esto necesitamos la ayuda del mapa.” (48) Así, el mapa es el que nos proporciona las cifras de un lugar, las medidas exactas que nos permiten vislumbrar las diferentes relaciones entre una zona y otra.

Sin embargo, el territorio que ocupa una nación no puede ser comprendido exclusivamente desde un mapa, pues eso supone dejar de lado todos los aspectos sensibles y dinámicos de la geografía, reduciéndola a una mera representación gráfica:

Porque, ¿qué realidades puede suministrarnos el mapa? ¿Qué nos descubren esas manchas oscuras de los montes? ¿Qué hemos aprendido en este difícil arte de conocer lo que no se ha visto?

Nada, o bien poca cosa.

Es verdad que los mapas nos permiten situar las alturas; nos ayudan a establecer las distancias y a fijar las relaciones. ¿Pero, nos dicen, acaso, que estas montañas son tétricas, cubiertas de pedruscos cortantes, y que en el fondo de los precipicios se amontonan las piedras volcánicas simulando un paisaje del tercer día de la Creación?

El mapa calla estas cosas, y ni siquiera podemos sentir en él el viento del oeste que barre esas alturas, con tal violencia, que no es raro ver los pedruscos arrastrados por el vendaval. (52)

La mayor falencia de un mapa para el estudio de la geografía es la falta de sentido que tienen sus signos para alguien que no conozca previamente el lugar representado. Ellos, sin su referencia, se limitan a guardar silencio, a silenciar esa tierra que supuestamente describen.

El mapa, no obstante, es crucial para sobrevivir en ciertas zonas del país, pues sin él, el sujeto sería incapaz de ubicarse y terminaría perdiéndose inevitablemente en sus confines. Este es el caso de la zona austral o “El país de la noche crepuscular”, donde incluso “el geógrafo más notable no podrá retener ni siquiera una parte de este extraordinario laberinto.” (216). Lo que me parece interesante de esta visión es que el mapa, no es solo un aparato concreto al servicio del hombre, sino también una especie de estructura mental. Salir del trazo cartográfico supone entregarse a la desorientación, a descubrir el territorio no desde sus supuestas lógicas organizativas, sino desde instinto, el tacto, desde el roce entre un cuerpo y otro. De este modo, el mapa y su trazado cartográfico son como el bastón de un ciego: un artefacto que ayuda a encontrar el camino, a no chocar con él.

Una vista desde el cielo: un giro sobre la noción de verticalidad

La edición definitiva de *Chile o una loca geografía* cuenta con un breve apéndice llamado “Cielos de Chile”, que se articula como una reflexión en torno a la experiencia de haber recorrido parte del país en avioneta. Si pensamos en la época en que fue escrito el libro, esta travesía sin duda resulta excepcional, la que se traduce en el tono épico con que es descrita: “Aun en nuestros días no es empresa fácil volar entre estos montes impasibles y ese mar sin orillas. Los primeros aviadores se lanzaron a la conquista de la inmensa mole andina siguiendo el deseo oculto que se esconde en el pecho de todo chileno: cruzar la inmensa muralla que nos aprisiona y nos separa del mundo.” (271). Lo curioso de este apéndice-epílogo, es el lugar conclusivo que le otorga Subercaseaux; como si hubiera una clave en esos cielos chilenos que pudiera desentrañar otro aspecto, antes olvidado, de la loca geografía.

El cielo, como el mar, no son elementos estudiados por las geografías tradicionales, pero como para Subercaseaux “la tarea de una geografía debe ser, por lo menos, esto: una ciencia que nos diga <<dónde estamos parados>>”, se vuelve necesario incluir estas otras dimensiones que componen y completan la experiencia habitacional. Asimismo, solo cuando es posible observar desde los cielos al territorio es que su representación cartográfica se vuelve factible:

Porque allá arriba, tal como en el mapa, la tierra está a nuestros pies con todos sus detalles, y casi nos extraña no ver escritos con letras grandes los nombres de los ríos y de los valles, que no siempre son fáciles de reconocer. Aquello es un <<mapa mudo>> que, no obstante, nos habla de una soledad suelo y del cielo, donde la criatura humana parece estar ausente y no contar para nada en el inmenso cuerpo de la Tierra.(275)

De este modo, la mirada deshumanizada de los mapas solo adquiere un correlato empírico, cuando una máquina voladora puede posicionar al sujeto sobre sus coordenadas. Sin embargo, lo que percibe Subercaseaux no es la técnica empleada por la cartografía, sino la condición desolada de su existencia celeste, como si ese espacio y esa mirada no le correspondiera a los hombres, sino a las aves o a Dios. Esta mirada, no obstante, no es rechazada para la articulación de su itinerario geográfico, sino que es ella la que posibilita la observación de los rasgos constantes del territorio.

Subercaseaux puede señalar la existencia de un Chile submarino ya que su mirada ha ascendido empíricamente a una altura equiparable a la del ojo del cartógrafo. Esto le permite distinguir los distintos relieves del territorio, tanto terrestres como marinos:

Dijimos en alguna parte que esta zona austral es un trozo sumergido de Chile, en que el Valle Central se prolonga por el fondo de los canales y donde las cordilleras emergen en forma de islas. Los fiordos, por su parte, están indicando claramente la presencia de quebradas cordilleranas que los hielos cubrieron con su manto protector (o, aunque sea más prosaico, con su traje de baño) y se sumergieron así en el mar, evitando que las aguas destruyeran el fino encaje de sus riberas.(218)

El territorio chileno se extiende más allá de las fronteras terrestres, sumergiéndose en sus aguas en una suerte de continuo geográfico. A pesar de que las personas no tengan un contacto directo con esta realidad, ella también influye en sus caracteres: “Hemos dicho que en Chile hay muchas zonas y climas. Otro tanto podríamos decir de sus mares. Cada uno tiene un paisaje propio que modela a los hombres y las costumbres.” (138). El valle central y la cordillera bajo esta óptica pueden parecer presencias opuestas a la diversidad

territorial, al estar presentes en distintas zonas -tanto marinas como terrestres- del país. No obstante, no eclipsan la multiplicidad; más bien son sus distintas variaciones las que hacen colapsar un supuesto criterio de unicidad territorial. Así, la cordillera como el valle central solo se transforman en modelos unificadores del territorio nacional cuando sus formas abandonan su materialidad cambiante y se convierten en abstracciones. Solo la mirada imposible del Estado puede posicionarse a una altura suficiente para comprender la bastedad de un territorio. El conflicto emerge cuando los sujetos deben encarnar esa mirada, la que no calza con la realidad en que viven.

Por lo mismo, el sistema vertical instalado por Subercaseaux no aspira a posicionarse permanentemente en el estrado estatal, sino que se sube hasta esa cima solo para descender y volver a contemplar el espacio que le compete a lo humano. Pero es en este ascenso y descenso que la aeronáutica se despliega como la única opción satisfactoria para un posible trazado unitario: “Si Chile quiere ser UNO, nuestro paso deberá tener la medida de un compás cuya punta se clave en Arica y la otra en Magallanes. Sólo así podremos subsistir; siendo, primero, los hijos del aire; después, los del mar” (280). Quizás el gran escollo para la unidad nacional, no radica en la disparidad de las zonas albergadas, sino en una cuestión de velocidad: es demasiado lento desplazarse por tierra de una zona a otra, lo que hace que se acrecienten aún más las distancias. Por ende, la unidad del país no pasa por la conquista terrestre sino la marítima, pero sobre todo la celeste.

Conflictos turísticos

Subercaseaux a lo largo de *Chile o una loca geografía* nos deja en claro su postura crítica ante la figura del turista. Ésta se debe sobre todo a dos características que lo configuran: su relación pasiva, de mero espectador, con el espacio que visita y su vocación de consumidor de postales. Estas representaciones funcionan como metonimias de un lugar, por lo que impiden la visión más allá de sus fronteras, reduciendo la complejidad de la zona en cuestión a unos cuantos rasgos distintivos. Es por eso que el turista nunca logra acceder al <<alma de un lugar>>, quedándose siempre en su superficie: “El turista, en realidad, no mira la ciudad sino su decorado” (94).

Sin embargo, la visión turística no siempre es ponderada negativamente, ya que aporta a la vida del cuerpo nacional su contra-cara:

Esta visión del turista debe aportarnos muchas cosas que nosotros ignoramos. El que visita por primera vez una ciudad lleva en sí un tesoro de ignorancia junto a otro, no menos grande, de videncia. En verdad, ignora todo de la nueva ciudad, por muy informado que esté. Hay un alma dentro de cada agrupación humana, un ambiente, una >>manera<< que no se revelan sino después de una larga convivencia. Esta >>alma<< es todo; por ella se explica todo lo que la ciudad es y lo que ella encierra.

Por otra parte, el >>nativo<< vive sumido en esa alma a la manera de un topo; siente lo suyo, pero no lo ve. Es aquí que el turista aporta su linterna mágica y nos muestra *dónde* se encuentra nuestra casa y en qué difiere de las demás. (92)

Así, en este pasaje se vislumbra la concepción dialéctica que tiene Subercaseaux respecto de la mirada ideal que deben adoptar los sujetos para reconocer <*dónde* se encuentra su casa>. De alguna manera los “nativos” de un lugar carecen de una perspectiva que les permita observar su propio entorno, ya

que solo se limitan a convivir con él, sin distanciarse de su praxis cotidiana. No obstante, para poder tomar conciencia de esta vivencia es necesario un agente externo, un otro, que los observe desde fuera, rol que vendría a cumplir el turista. Pero el turista aparece aquí no como un personaje concreto, sino más bien como un tipo de conciencia al interior de la óptica misma del “nativo”: la de una extranjería en la propia tierra. Esta mirada propuesta por Subercaseaux calza con la del cosmopolita, sujeto que a diferencia del turista, sí desea acceder a esa “alma del lugar”, que reconoce tanto ajena como propia.

Por otro lado, Subercaseaux rechaza un paisaje chileno recreado por y para una visión turística. Esto se debe a que ciertas representaciones de Chile, por ejemplo, la de la zona sur como la <<Suiza chilena>> o el <<Japón chileno>>, desconocerían las lógicas internas de su organización e implantarían unas ajenas, solo para cultivar una imagen exótica adecuada para su posterior exportación: “El volcán Osorno, con su cráter coronado de nieve, le comunica un ambiente japonés <<muy Fujiyama>>” (209). A pesar de este rechazo, de todos modos una dimensión de *Chile o una loca geografía* se despliega como una gran guía turística, señalando los distintos puntos de interés para el viajero chileno. No obstante, el resultado de esta operatoria respecto a su posible impacto turístico es relativo, ya que el sentido de su escritura difiere del de enaltecer un paisaje por medio de su conversión en postal. En su lugar, esta operación de escritura se asemeja más al intento de captar qué se esconde tras los límites de las representaciones territoriales.

Fetichismo terráqueo

Hasta ahora hemos insistido en que la concepción geográfica de Subercaseaux busca resaltar las lógicas internas de organización territorial en contraposición a aquellas que son foráneas a su naturaleza, pero aún no nos hemos detenido a analizar en que consiste este posicionamiento y sus implicancias. Pensar que la geografía se basta a sí misma y no depende de agentes externos para su subsistencia, supone que en ella también se encuentran contenidos los principios para su entendimiento, y a los cuales el humano no accede cabalmente desde su razón sino por medio del instinto. Representarlos es una tarea vana, pues supone su reducción a una escala que le es ajena. En cambio, hay que limitarse a su descripción sin un itinerario preestablecido. Así, la geografía, como la raza, son el resultado de una diferencia constante de la materia, la que Subercaseaux, a pesar de toda su *opinología* al respecto, solo describe.

Por otra parte, el territorio al definirse por sí mismo, por sus propias lógicas sensibles y no por las del Estado, se torna otro tipo de institución a la que, como indica Mistral, se debe venerar en lugar de explotar: “La tierra fue siempre el Gran Ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan todas las demás adoraciones humanas.” (8). Esta condición idolátrica de la tierra hay que entenderla como un tipo de fetichismo, es decir un estado de la religiosidad que no se sustenta en desplazamiento de sentido en pos de una espiritualidad ulterior. La tierra en tanto fetiche contiene una espiritualidad enraizada en su

misma materia, y es ella la que se debe venerar y no a un potencial contenido tras bambalinas. En general, esta modalidad ha sido despreciada por una concepción evolutiva de la religión, en la que esta correspondería a un escalafón más básico o arcaico, que es superado por el animismo y luego por las religiones universales.

Me parece, al menos, sugerente la opción de Subercaseaux por regresar a este modelo de espiritualidad. Ella, al estar anclada a una materia específica permite la existencia de una multiplicidad de focos de adoración, sin que sean monopolizados por una entidad o cultura. Esta proliferación, a su vez, se adecuaría a una inmadurez congénita de los aparatos comprensivos, otorgando una matriz de estabilidad para la comprensión de esta deriva de sentidos. Es en este debate donde aparece la geografía como objeto de adoración en lugar del paisaje. Las lógicas del paisaje siempre van de la mano a una cultura que posibilita su emergencia, según la tesis de Javier Maderuelo. En cambio las geográficas, para Subercaseaux, son las que determinan a esas culturas capaces de generar paisaje. La geografía, por lo tanto, es trascendente en su contacto constante con lo humano, en cambio, el paisaje se limita a ser una representación esporádica de este roce.

Conclusiones

A lo largo del viaje que supuso leer desde múltiples aristas *Chile o una loca geografía*, hemos vislumbrado qué entiende Benjamín Subercaseaux por paisaje y geografía, y las implicancias que hay tras dichos conceptos. Sin embargo, estas constataciones no tienen mucho sentido si no permiten aclarar la siguiente pregunta implícita al inicio de mi investigación: ¿cómo las nociones de paisaje y geografía de Subercaseaux hacen posible leer críticamente los modos actuales con que se emplean estos conceptos?. Me sirve para esbozar una respuesta la exposición que se realizó el año 2014 en el Centro Cultural La Moneda, titulada *Puro Chile. Paisaje y Territorio*.²⁷ Un primer dato interesante es que ninguno de los textos de los tres curadores cita a *Chile o una loca geografía*. Sin embargo, su ausencia no implica que sus ideas estén ausentes en la exposición.

Ya desde el irónico título -una parte del himno nacional-, se nos desea presentar una crítica a la supuesta pureza de la identidad territorial, al ser contrastada con una diversidad de representaciones de orígenes e intensidades disímiles. Sin embargo, estas representaciones no se limitan a entregarnos un

²⁷La exposición -que ocupaba todas las salas del recinto-, se encontraba dividida en tres secciones: “Naturalistas y Viajeros”, “La invención del paisaje” y “Paisajes Humanos”. El trabajo de los curadores consistió en generar un archivo de imágenes para cada temática, lo que permitía apreciar los contrastes y recurrencias de las representaciones. Así, nos percatamos como algunas han permanecido fijas en el imaginario nacional y como, en otras, su contexto material ha cambiado radicalmente. Pienso sobre todo en lo que se genera al ver la imagen de una palma chilena dibujada por Onofre Jarpa, junto a una del interior de una gasolinera, fotografiada por Sebastián Mejía. El espacio que se abre entre ellas es nulo, el tiempo no ha pasado por su fisionomía, solo se ha alterado su entorno, es decir, el paisaje. La Historia de Chile, desde esta perspectiva, parece ser vista a través del paralaje: como pasan las cosas por el raballo del ojo mientras vamos en un vehículo a alta velocidad; las vemos venir mucho más lento pero cuando las pasamos parecen esfumarse.

catastro de las miradas artísticas respecto al territorio chileno, sino que aspiran a delinear de un modo generalizado los conflictos de nuestra identidad territorial. Este aspiración la encontramos plasmada en los dos textos institucionales que abren el catalogo y que los curadores no problematizan. Así, la Ministra de Cultura de ese entonces, Claudia Barattini, señala que el objetivo de esta exposición es generar: “una muestra realizada con nuestro propio patrimonio y que hable sobre las múltiples preguntas y miradas acerca de la identidad que nos representa. Y para ello, tenemos la suerte de contar con muchos artistas que han trabajado plasmando el imaginario de la nación.”(6). Asimismo, Alejandra Serrano, directora ejecutiva del Centro Cultural Palacio La Moneda, se refiere al sentido de la muestra, como la oportunidad para comprender que: “La identidad de nuestro país es una construcción que hemos desarrollado todos como sociedad” (7), para luego agregar que:

“Puro Chile. Paisaje y Territorio”, es una oportunidad inédita, un viaje que da cuenta de la identidad chilena, un recorrido por más de 200 obras y objetos especialmente seleccionados, entre los que se cuentan pinturas, documentos, videoarte, instalaciones y más, todos provenientes de museos, instituciones y artistas, tanto regionales como nacionales, que han viajado desde distintos puntos de nuestro país hasta el Centro Cultural Palacio La Moneda.(7)

Lo paradójico de estas presentaciones es que suponen que este conjunto de obras representan a la totalidad de la sociedad; cómo si en su producción todos los habitantes de la nación hubiéramos contribuido. Asimismo, suponen que el Arte y los artistas²⁸ son los encargados de plasmar el imaginario nacional, en

28 En este punto cabe precisar que las representaciones visuales que se seleccionaron no fueron exclusivamente artísticas; sino que se incluyeron mapas, documentos históricos y dibujos naturalistas. Sin embargo, estas representaciones, a mi parecer, también funcionan dentro de un mismo esquema elitista, ya que quienes las producen (artistas, viajeros o científicos) se encuentran investidos de un estatus social que los separa del común de los mortales.

lugar de pensar que son las múltiples comunidades que habitan nuestro territorio las encargadas de auto-definirse, es decir, son ellas mismas -y no un grupo de curadores y autoridades institucionales- las que deciden qué imágenes representarán su-nuestra identidad. De este modo, al igual que Subercaseaux en *Chile o una loca geografía*, para la articulación de *Puro Chile*, la figura excepcional del artista aparece como la única capaz de relacionarse con aquella identidad territorial, de captarla y deglutirla para el amplio público. Este modelo, en el fondo, lo que entraña es una concepción elitista del territorio; son solo unos pocos elegidos los que tienen acceso directo a aquella entidad; son solo ellos los capacitados para captar su material espiritual y representarlo, pues el resto del mundo al hallarse inmerso en él, encuentra agotado su cuerpo, y por ende, su sensibilidad no es la adecuada para esta tarea. He ahí la misión común del ensayo geográfico y de dicha exposición.

Por otro lado, de esta concepción compartida del territorio como receptáculo de la identidad se infiere que esta entidad excede a los sujetos, incluso llegando a determinar sus rasgos comunes. Esta concepción trascendente del territorio es la misma que delinea Subercaseaux en *Chile o una loca geografía*. Lo que me interesa destacar en este punto es que esta idea es la base ideológica para la construcción de nuestro territorio en tanto patrimonio. Así la figura del *contador de patria* puede ser leída hoy en día como el primer agente patrimonializador del territorio, pues al trazar la ruta de donde “verdaderamente” se experimenta la geográfico, es decir, su materialidad desmedida y múltiple, lo que está registrando es el valor imperecedero y transversal de lo patrimonial.

Por lo mismo, las obras que operan en *Puro Chile* son simplemente variaciones materiales que visualizan este valor geográfico: la conjunción de lo inmutable y diverso. Sin embargo, lo curioso de esta exposición es que no se percata que al haber elegido dicho recinto subterráneo para su montaje, son bloqueados los referentes reales que almacenan este valor. Así, el territorio en tanto patrimonio se encuentra subsumido bajo las raíces ficticias del Estado. Si bien los curadores y la institucionalidad se alinean con esas concepciones subercaseanas, hay un punto en que se separan: la geografía real y sus actores, las personas que la habitan -su valor-, se encuentran en un espacio que difiere al de sus representaciones.

Así para la lógica del autor, en lugar de ver el paisaje y la geografía tras la vitrina de un museo y regresar a nuestras hogares con el espíritu engrosado, deberíamos salir a explorar y permearnos con esa materialidad viva, pues es en ella, en el roce violento de cuerpos disímiles -y no en el cuerpo uniforme y centralizado que administra el Estado-, donde emerge la posibilidad de lo comunitario. Este *epos*, sin embargo, no pereció en *Chile o una loca geografía*, sino que pervive en artistas contemporáneos, como Fernando Prats -quien no participó en la exposición-. Su gesto de viajar a zonas donde ha sucedido una catástrofe o seguir las huellas del explorador polar Ernest Shackleton se encuentra estrechamente vinculado con la propuesta épica de Subercaseaux. Salir en búsqueda de la experiencia comunitaria, o lo que queda de ella, es sobre todo entrar en contacto directo con la escala geográfica.

De este modo, releer *Chile o una loca geografía*, luego de haber entendido su concepción de geografía y paisaje, nos permite problematizar las maneras actuales de referirse y administrar el territorio. Acá, simplemente, esbozo su potencial rendimiento. Quedó en el tintero trazar su genealogía conceptual y cómo han circulado e influido en distintos artistas, instituciones, y por sobre todo, en la idiosincrasia chilena. Sin embargo, esta labor sería imposible sin antes haber comprendido a sus distintas aristas y los conflictos que guardan. Por lo mismo, mi trabajo es el primer paso en el trabajo de revalorización y actualización de la obra de Benjamín Subercaseaux, que cayó en el olvido por aún desconocidas razones.

Epilogo o sobre los espacios olvidados del placer

Llegar hasta aquí, a este punto de la escritura, resultó más arduo y tedioso de lo que pensaba; la neurosis se apoderó de ella más de una vez, transformando a este viaje en un verdadero suplicio. Quizás mi mayor error haya sido olvidar una de las pulsiones -por no decir la principal- que motivaron esta tesis: transmitir el entusiasmo que provocó en mi la lectura de un libro prácticamente olvidado del panorama reflexivo chileno. Este olvido -que se entremezcla con el hartazgo de rendir cuentas, de demostrar que se conoce un objeto, de convertirse en experto de algo-, es sobre todo el olvido del placer de la lectura y la escritura; placer que nunca es exclusivamente placentero, pues se encuentra rodeado de incertidumbres, odios y desamores. Llegar hasta aquí ha sido recuperar esta conciencia y aceptarla como es: un rito de pasaje.

Pero ¿qué vislumbro después de recorrer estas páginas? ¿qué es lo que queda de ese entusiasmo inicial? La hermosa similitud, esa médula fantasmal, mi creencia, de que *Chile o una loca geografía* trata simplemente de enseñarnos ese placer olvidado u oculto en nuestro territorio; a cómo leerlo y sentirlo sin mutilarlo. Para ello el texto siempre está apelando a un *más acá* de su propia textualidad, a un afuera desmedido que horada las murallas de su ficción. La idea de que nuestro cuerpo no difiera ontológicamente de su geografía, sino que forman parte de un mismo trazado existencial, también supone que la escritura cohabita ese mismo espacio, esa misma pulsión. Tal vez sea esta intuición, la

que le provoca a Mistral entusiasmo, y por lo que es capaz de señalar que este ensayo se adelanta a su propio proyecto de escritura: *Poema de Chile*. Por lo mismo, no es impertinente trazar un paralelismo entre ambos. Patricio Marchant en su ensayo *Desolación. Cuestión del nombre de Salvador Allende (1989/90)* propone lo siguiente respecto de Mistral y su noción de raza:

Necesidad de precisar lo que Gabriela Mistral entiende por "raza". "Raza" no es para el poeta (utilizamos el concepto de "poeta" de N. Abraham) un concepto biológico (si bien lo biológico no puede excluirse); tampoco constituye "una función entre otras de la cultura", como determina el concepto de raza Lévi-Strauss en *Race et Culture*. Bien entendido el concepto, y expresado en conceptos actuales, "raza" es para el poeta, escritura; esto es, la escritura es la raza en el momento de constituirse como tal. Su lucha por su existencia no necesita saber, como adelantábamos, ni de meta-relato ni de concepciones de mundo; su legitimación es autolegitimación: el deber de su existencia misma; pero, a diferencia de los Cashinahua, esa autolegitimación debe enfrentarse o "medirse", es lo menos que se puede decir, con Europa (15). Agreguemos, que su destino político fue también adelantado por G. Mistral: si la necesidad de la lucha contra el nuevo invasor, los EE.UU. (*La cacería de Sandino*), su previsible derrota. "*Nos absorberán sin remedio*". Mañana, pasado mañana. Sólo un Dios nos puede salvar (G.M. subraya), frase, idea, la última, que es idéntica a la de Heidegger: "Nada más que un Dios puede salvarnos".

Entonces ¿cuál sería ese Dios que puede salvarnos? En este punto, luego de leer a los dos autores, la respuesta parece predecible: es la geografía chilena, en su carácter excepcional, -materialidad insondable e insoslayable- el grado cero de una conciencia (o escritura) espiritual que se desprende, puede viajar, de los esquemas europeos, al desplegarse como matriz de la raza en tanto escritura. Así esa loca geografía chilena se instala como la *archi-escritura* de las todas las escrituras venideras.

Esta visión, articulada entre ambas textualidades, aún nos acompaña, volviendo a emerger -de vez en cuando- en el discurso poético o literario chileno. No por nada, Raúl Zurita en el discurso que da tras recibir el premio iberoamericano de poesía Pablo Neruda 2016, se expresa del siguiente modo y

con cuyas palabras me gustaría cerrar este ensayo: “Y nos ama, e increíblemente nos ama, pues habría bastado que la cordillera de los Andes se hubiera desplazado unos pocos kilómetros más al oeste o que el nivel del Pacífico hubiese subido unos metros, para que nada de esto hubiese existido. Sin embargo algo quiso que fuéramos, algo quiso que hubiese un pueblo más entre los otros pueblos, que hubiese un sueño más entre los otros sueños, que hubiese una voz más en la conversación general que todas las cosas mantienen con todas las cosas.”

Bibliografía:

- Barthes, Roland. *El placer del texto*. Siglo XXI Editores, 1974.
- Benjamin, Walter. *El narrador*. Ediciones Metales Pesados. Santiago, 2008
- Castillo, Gabriel. *Estéticas nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*. Colección Aisthesis “30 años” N° 2. 2003
- Cerdeña, Martín. *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*. Ediciones universitarias Valparaíso. 1982.
- Eliade, Mircea. *Técnicas del yoga*. Compañía General Fabril Editora. S.A. Buenos Aires, 1961.
- García de la Huerta, Marcos. *Pensar la política*. Editorial Sudamericana, 2003.
- Hozven, Roberto. *Alegorías identitarias en cuatro ensayos chilenos*. Artículo en “Anales de literatura chilena. Número 2, año 2001.”
- Maderuelo, Javier. *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada editores, 2005.
- Marchant, Patricio. *DESOLACIÓN. CUESTIÓN DEL NOMBRE DE SALVADOR ALLENDE (1989/90)*. <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios/pmarchant.html#1a>
- Morábito, Fabio. *El idioma materno*. Ediciones sexto piso. Madrid. 2014
- López Silvestre, Federico. *Pensar la historia del paisaje*. Artículo en “Paisaje e Historia. Abada editores, 2008.”
- Puro Chile. Paisaje y Territorio*. Catálogo editado con motivo de la exposición del mismo nombre en el Centro Cultural Palacio de La Moneda, Santiago de Chile. 2014

- Rojas, Sergio. *Escritura neobarroca*. Editorial Palinodia. Chile, 2010.
- Subercaseux, Benjamin. *Chile o una loca geografía*. Editorial Universitaria. 1987
- Santa Materia*. Empresa Editora Ercilla, 1954.
- Sloterdijk, Peter. *Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger*. Akal, 2001.
- .Haz de cambiar tu vida*. Pre-textos, 2012.
- Zurita, Raul. *Discurso de agradecimiento al recibir el premio iberoamericano de poesía Pablo Neruda 2016*. <http://www.elclarin.cl/web/noticias/cultura/19668-discurso-de-agradecimiento-del-poeta-raul-zurita-al-recibir-el-premio-iberoamericano-de-poesia-pablo-neruda-2016.html>